

Como al principio el final
es cuento de nunca acabar

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

DELFINA CAREAGA

Como al principio el final
es cuento de nunca acabar



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Juan Jaffet Millán Márquez
Secretario de Educación

CONSEJO EDITORIAL

Presidente

Sergio Alejandro Ozuna Rivero

Consejeros

Rodrigo Jarque Lira, Juan Jaffet Millán Márquez,
Marcela González Salas y Petricioli, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Alfonso Sánchez Arceche, Félix Suárez González, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Ejecutivo

Roque René Santín Villavicencio

Como al principio el final es cuento de nunca acabar

© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2017

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© María Delfina Elisa Careaga y Becerra

ISBN: 978-607-495-613-9

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/41/17

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

De niño vivía en una tranquilidad generosa y ella se prestaba —como prestaría el lomo una elefanta blanca a un viajero— para imaginar disparates entretenidos.

FELISBERTO HERNÁNDEZ

Sólo una tarde de juegos

Estaban jugando. Una tarde como cualquiera, podría decirse que no tenía importancia si era una tarde aquí, o en Barcelona o donde fuera, menos en África o Xochimilco. Una tarde donde saltaba el fuego en la chimenea: era una sala bien amueblada donde jugaba un grupo de amigos que, por lo pronto, no tenían nada más que hacer.

—“Vampiros” —dijo una muchacha, se levantó de su asiento y salió de la habitación.

Todos tenían un papel y un lápiz y se apresuraron a escribir lo primero que se les vino a la mente en relación con el tema: vampiros. Luego, dada la propuesta, adivinar quién había escrito cada frase.

Lucía recordó la vez que mirando a su padre le preguntó con su vocecita de cinco años:

—¿De veras existe Diosito? —Y su papá, sonriendo, entre un tanto molesto y otro tanto divertido, le respondió:

—¿Y cómo quieres que yo lo sepa, chamaquita?

De inmediato ella escribió: “Me gustaría que existieran”.

Su tía, la de Tansíjuaro, hubiera respondido algo muy diferente. Era una mujer muy religiosa y avara, no coda, sino avara. En su casa había un cuarto enorme con cosas finas y antiguas almacenadas sin más objetivo que tenerlas. A partir de los cuarenta y cinco años de edad todavía dio a luz a dos hijos de su marido, esposo elegido y comprado con los ahorros hechos durante toda su existencia. Él era más joven y un poco indiferente, pero amable; en fin, los chicos salieron un tanto “raritos”, ¿cómo? No sé el adjetivo que los califique objetivamente. Al menor, como de doce años, su mamá lo vestía de bailarina y lo hacía dar vueltas entre aquellos muebles viejísimos y polvosos, y ante las miradas apenadas de las visitas. Después, la tía pasaba bajo nuestras narices una hermosa caja de hojalata de cielo y mar azules con palmeras anaranjadas, en donde guardaba, hacía años (muchos), unas galletitas que ya habían cubierto todos sus karmas: duras, correosas y finalmente desechas; por más cuidado que uno tuviera al tomarlas, se deshacían tiernamente entre los dedos: polvo eres y en polvo te convertirás. Luego sacaba una espléndida charola de plata, ovalada y labrada en los bordes, donde sostenía unas copitas opacadas por la mugre de los siglos que ofrecían un avinagrado vino de consagrar extraído de una botella milenaria.

Cuando Lucía creció y tuvo un hijo, a ambos les gustaba imaginar que robarían todos los tesoros de ese cuarto tan grande, pero nunca volvieron a Tansíjuaro. Se apartaron. Él hizo su fortuna en

Australia. La generación anterior de familiares empezó a morir por orden de aparición. Lucía se quedó sola desde los cincuenta años.

Esta familia vivía en la parte vieja del centro de la ciudad. La tía era dueña de una vasta y hermosa vecindad de mediados del siglo XIX y su casa ocupaba toda la planta alta. A la entrada, el amplio patio de piso de lajas de piedra brillaba día y noche; las viviendas con puertas de madera sin pintar y vidrio, siempre estaban cerradas; los tendederos eran ocupados con ropa que nunca era excesiva y que olía a secreciones humanas junto con el aroma del jabón; había una magnífica escalera que se dividía en el primer tramo abriéndose a derecha e izquierda, como la petulante escalinata de un palacio.

—Me gustaba mucho —dijo Lucía con una sonrisa.

—¿Los vampiros?

—No. No tanto —y se quedó callada.

—Ahora pongo como tema —dijo un joven obeso con una leve joroba sobre el hombro izquierdo—: “La casa”.

Inclinados sobre el papel, los amigos escribían.

“Es la vagina”, pensó Lucía en voz alta. Y se vio en posición fetal, calentita, feliz de ser parte integral de su madre. Inmediatamente después cambió su estado de ánimo.

—Qué juego tan aburrido: ¡la vagina! —dijo dejando de lado papel y lápiz— ¿Qué se puede escribir sobre una ciudad tan visitada como Tansíjuaro?

—Tansíjuaro no es ninguna ciudad y sólo tú la conoces. Además se ha dicho “CA-SA” ni se ha dicho vagina ni se ha dicho Tansíjuaro —aclaró una muchacha con anteojos.

—¡CA-SA! —exigentes, intervinieron los demás—. ¿Qué no oyes bien?

Aquí sería oportuno poner alguna transparencia de Tansíjuaro, en esa pared descarapelada, la que no tiene fotografías.

¿Por qué se me vino a la mente el hermoso zócalo de Tansíjuaro? Ah, es que son las ocho de la mañana. El frío muy orgulloso en esa atmósfera tan diáfana. Los árboles y las fuentes. Caminando de la mano de Mamanita. Suéter o abriguito pero frío. Tialí del brazo de Papábuelito con su bastón y su paso inseguro. Sombrero de fieltro. Vaho al hablar.

—¿Por qué se ve tan clarito, mamá? —no es mi mamá, es mi abuela. Mi madre murió cuando yo nací.

—Ay, qué cosas se te ocurren...

—¿La luz tendrá importancia para la catedral?

A buen paso atravesar el jardín hasta “La Princesa”, café-restorán. Saludos a las eternas meseras de uniforme azul celeste. Tamales de dulce para mí. Chocolatito. Churros. La ira inexplicable de mi abuelo ante un limosnero que le extendía la mano. Mi abuela molesta:

—Con decir “No” es más que suficiente; no tienes que enojarte.

El paliacate de mi abuelo. Rojo como el foco de la caja del restorán que manipulaban las mismas meseras. El portal con sus vestidos de voces y sus pasos enrebozados.

—Bueno, ahora te toca a ti.

Se levantó una flaca y esmirriada jovencita.

—Pongo de tema...

—¿Qué? ¡Ya dilo de una vez!

—Bueno, pongo de tema: “Mi vecino o vecina”. —Y salió de la sala.

Mi tía pueblerina no hablaba con nadie: era la dueña, la terrateniente, la matriarca, pero yo alguna vez tuve vecinas. Me

acuerdo de dos: una en la planta baja, al ladito de mi departamento y la otra en el segundo piso. Las dos se vestían muy bien. La de la planta baja era joven, de pelo pintado de rubio y cambiaba automóvil cada año. La de arriba tenía sesenta años, era señorita, delgadita, delicada, canosa, vestía ropa adecuada, discreta y de buen gusto. Decía que era licenciada y trabajaba en el Seguro Social. Era seca pero correcta. En cuanto adquiría alguna confianza con uno, de inmediato le contaba su única preocupación en la vida:

—El portero se mete en mi departamento noche a noche y espía todos mis movimientos. Para que sepa yo que él estuvo ahí, me quita algo: un zapato, un arete, siempre el non de cualquier cosa. Ya no duermo. ¿Podría quedarme en tu casa en las noches?

—Sí. Pero no me explico para qué el portero hace eso y, además, no tiene por dónde entrar; tú cierras la puerta con siete candados.

—Ahí está el secreto. Llevo treinta años viviendo en mi departamento y hasta ahora no he podido encontrar la puerta secreta por donde se mete este hombre.

—Cálmate. Eso te demuestra que no existe nada de lo que temes tanto. Tranquilízate.

—Sí, pero ¿puedo ir a dormir a tu casa en las noches?

Aparte de esta manía se portaba normalmente. Era una vecina más.

La de abajo era bajita, con bonitas facciones. Ella sí sabía su secreto: era prostituta profesional, dirigía una especie de sociedad con unas veinticinco o veintisiete muchachas. Era de una ciudad de provincia. Muy lista para los negocios. Creía que nadie del edificio se daba cuenta, y todos lo sabíamos, aunque nunca metió a ningún hombre a su departamento. Las citas con los clientes se acordaban

por teléfono: hora y hotel. Necesitaba que la sociedad en general la considerara una muchacha rica y decente. Tenía novio (su socio) con quien llegó a casarse por la iglesia en una ceremonia que derrochaba un lujo pueblerino. Sus “chicas” fueron las damas de honor.

Esta muchachita tenía tanto desasosiego de que no se le notara su *buen linaje* que se atrevía a decir cosas verdaderamente inadmisibles:

—¿A ti te gustan los muebles antiguos? —me preguntó en una ocasión. Y antes de responderle me interrumpió:— Pues yo estoy cansada de ellos. Desde que nací, en mi casa, quiero decir en la casa de mis papás, no he visto más estilos que el de Luis 27. Ya me choca.

A todo yo le seguía la corriente y gozaba, como un delicioso pastel, las inocentes barbaridades que se le ocurrían a mi vecina. Jamás la corregí, siendo yo la que quedaba como tonta.

—¿Ya te dije que me voy a España? —me preguntó otro día.

—Ay, qué bueno. ¿Y qué ciudades de España vas a visitar?

—No... Es que no entiendes —me dijo sonriendo condescendentemente— ¡A la mera España, te digo! ¡Voy a la ciudad de España!

—Oh, claro —dije muy seria— ya entendí.

—Ahora, ¿a quién le va?

—A mí —dije— yo no he puesto ningún tema. Y pongo eso: “Tema”.

—Bien —contestaron—. Salte.

El tema era la palabra favorita de mi profesora de piano, Carmelita. Se vestía con trajes sastres, blusas de nylon, un eterno

collarcito de perlas y sus aretes pegados a las orejas. Pocas veces sonreía. Nunca gritaba. Tocaba el piano tan maravillosamente que yo me había enamorado de ella. Mi abuela me llevaba a su clase todos los viernes en la tarde. Cuando llegábamos, la alumna que acababa de tomar su clase se iba y nos dejaba sólo para nosotras la salita de espera. Carpetas a gancho. Duro sofá café. Sillas elegantes con sus miradas pegadas a una mesita fina y prudente. Sentadas. Silencio. Me preguntaba de qué material era el forro de las sillas.

—Entra, mi amor —anunció Carmelita.

Mi abuela se levantaba torpemente. Yo me adelantaba entrando a esa sala grande, de muebles rubios y amables hasta llegar a Carmelita, de pie junto al piano vertical.

—¿Cómo estás, querida? ¿Estudiaste?

—Sí, Carmelita, estudió. Me consta. Buenas tardes —decía mi abuela sentándose en el sillón amarillo.

—Buenas tardes, Elisita —mi maestra le daba la mano a mi abuela y luego se volvía hacia mí—. A ver, vamos a ver qué tal practicaste este tema de Schumann.

Abría yo el libro. Mis dedos se convertían en arañas gordas caminando entre pedruscos blancos y negros. Carmelita se entendía mejor con ellos que yo misma.

—Ya. Entra —gritó alguien.

Me leyeron todos los papelitos.

—Esta frase es tuya.

—Error —dijeron varias voces.

Perdí por cuatro frases y le atiné a seis.

—¡Gané! —añadí sonriendo.

El ponerme el agua al extremo del buró, a sabiendas de que no puedo estirarme para tomar el vaso, es una perversión específicamente humana. Pensé sin poder moverme.

También recordé aquella tarde en que un grupo de muchachos jugamos el juego de la personalidad y en las locas asociaciones que hacía yo, casi niña, convirtiendo el entretenimiento en un juego particular, solitario y quimérico.

Bien. Casi he llegado a los ochenta años de edad, ¿y qué más pudiera decir de mi vida que terminará seguramente dentro de muy poco tiempo?

No mucho más. La verdad, muy poco. Paulatinamente empecé a conocer la realidad: el mundo estaba en crisis desde su nacimiento, siempre en guerra contra la ingenuidad. La desilusión llegó pronto. El sacrificio duró toda mi edad madura y mi vejez. En la juventud, sin embargo, supe de dos o tres estados de plenitud, en los que ofrendé todas mis energías. (Pero nunca nada, por trascendente que pareciera, me divertía más que los muy personales ensueños que forjaba en aquel juego en que por primera vez gané.) Después, los años me zarandearon sin que la mentada experiencia se ofreciera a ayudarme por debajo de mis heridas. Fui Inútil para inventarme una vida. Y lo que viví no resultó más que una enorme nada sin sentido. Por lo menos tuve la ventaja de tener gente que me lastimó y me hizo enrojecer de mis ingenuas ilusiones; ellos me educaron realmente: al imponerme sus amarguras, me prepararon bien para las mías.

Lo único real, verdadero, es que voy a morir sedienta. En este asilo de beneficencia para viejos, ¿sabrá alguien lo que significa esa palabra: beneficencia?

Y cerró los ojos.

—¿Gané, o también acabo de inventarlo? —todavía alcanzó a pensar.

Hotel Impala

La boca de Petra López, *la Petri*, dijo casi gritando: “¡Te quello har-to!”, con el mismo tono eufórico y grotesco de cuando le hablaba a aquella perrita, hacía tanto tiempo, lo cual la sorprendió grandemente como si en la penumbra de su cuarto de pronto irrumpiera ella misma pero de treinta años, segunda tiple del Teatro Hidalgo, y dueña, por única vez, de una perrita fina, pequeña, blanca, y con pedigrí, símbolo de su éxito fugaz, y a quien siempre le habló como si se dirigiera a una niña chiquita: “¡Te quello harto!”.

Se quedó con los labios a medio abrir y con la cara al nivel del buró donde reposaba su dentadura postiza, al parecer también pasmada. Las pupilas turbias absorbieron el ruinoso mobiliario, las deslavadas cortinas de grandes rosas amarillas y moradas, las puertas de madera apolillada del balcón, en fin, todo el cuarto, para

finalmente fijar en un muro su mirada, como si sus ojos se hubieran adherido a la fuerza de dos imanes irreductibles.

¿De qué agujero del olvido habían brotado esas palabras ridículas? ¿A quién se las decía en ese momento? ¿Estaba loca? ¿A quién?... ¿Por qué de repente su pecho se llenaba de una energía no requerida, ni siquiera recordada? Esa energía fue el impulso inconsciente que la lanzó a gritar “¡Te quello!”... Y es que antes, entonces, decir con propiedad “te quiero” a un animalito le parecía del todo impropio y hasta irreverente al pensar en los hombres de su juventud a quienes se los había murmurado mansa, vencida o aullando como loba en brama; en fin, de la manera que usted quiera, pero siempre con desproporcionada vehemencia.

Todo se había dado en un crujido del tiempo, como si apenas éste hubiera caminado unos cuatro o cinco segundos; o al contrario, como si hubiera corrido desbocado, hasta desaparecer en la infinita distancia que había entre aquellos momentos y los de la Petra de ahora... Además, por otro lado, a lo mejor jamás había tenido un perro, ya que tal hecho formaba una parte infinitesimal de un pasado que quizás ni siquiera era el de ella... ¡Ay, qué absurda! Reconocía que su cabeza senil a veces “opinaba” por cuenta propia, sin rozar siquiera la reflexión. Luego, de pronto, en su memoria se le revelaron imágenes de ayer, pero curiosamente inéditas, como si hasta hoy pudieran nacer, y se encontraran un poco confundidas en este presente tan desarticulado.

—El tiempo... —se dijo sin terminar la frase.

Con un esfuerzo bajó la mirada y se arrojó con la colcha, sólo para recordar el día en que se cerraron para siempre las puertas del Teatro Hidalgo con todo y sus tandas de zarzuela. Y volvió a sentir

cómo el alma se le resquebrajaba al darse cuenta de que se le acababa la suerte, justo cuando esa misma noche moría de un infarto su adorada perrita. Y así, de repente, ocurría lo nunca imaginado: el día en que ella se quedara sola, sin un centavo y sin posibilidades de chamba. En aquella época ya no se representaban zarzuelas en México —salvo las que esporádicamente traía alguna compañía española—, por lo que buscó trabajo en los teatros de revista y en las carpas donde, años atrás, hiciera sus primeras incursiones artísticas. “No”, era la respuesta invariable. Y es que los años habían pasado y ella ya no era la misma, aunque su cuerpo, todavía de buen ver, aún solía gustar a los hombres.

A partir de entonces, a Petra López no le quedó más que irse deslizándose por el tobogán de la prostitución con mucho tiento, como si al lanzarse por él, sus manos, bien agarradas a los laterales, le evitaran el riesgo de lastimarse demasiado cuando cayera al suelo. ¡Tonta!, se hizo más daño del que había calculado. Y, entre tanto, envejecía. Su intención era administrarse lo mejor posible y juntar dinero para independizarse y comprar una casita. Pero sólo pudo guardar poco, por lo que se le fue rompiendo la esperanza de conseguirla. A la pobre le tocaba bajar por el tubo de las desdichas; ¡tiempo de paga y pérdidas...!

Una noche, Petra decidió, furiosa, no aguantar más ni el desprecio de los hombres ni la burla de las jóvenes rameritas. Cruzó con paso enérgico aquel cabaretucho donde había trabajado durante un buen tiempo, para subir la escalera de servicio y llegar sofocada y rabiosa hasta su cuarto en la azotea del cabaret. La evidencia de la maldita impotencia obligaba a su cuerpo a temblar de la cabeza a los pies. Y aunque se había propuesto no llorar, las lágrimas le saltaron

de los ojos frenéticas y también heridas por la pena y el miedo. En la madrugada, por fin, había logrado tragarse casi todo el temor, pero se sintió más vieja y cansada que Matusalén y así tomó la resolución de jubilarse. Más tarde le daba las gracias al patrón por el trabajo que debía dejar porque ya nadie la quería de puta. Al hombre no pareció importarle su renuncia, pero le exigió que abandonara el cuarto. Petry le suplicó que le diera chance de permanecer ahí en tanto encontraba otro alojamiento. El jefe no dijo ni sí ni no, sólo le dio la espalda y fumando se alejó despacio. Petra no le rogaría otra vez. Después de todo ella tenía sus ahorros; a lo mejor le alcanzaban hasta para el enganche de un departamentito de interés social, porque tener un techo seguro era lo importante. Pero pronto aceptó que su dinero no le alcanzaba para nada.

Finalmente se acordó de un cura que conocía. Él no tuvo inconveniente en dejarla pasar las noches en una banca de la iglesia.

Durante semanas anduvo de aquí para allá tratando de alquilar un cuartito de azotea, una pieza en alguna vecindad. Pero todo fue inútil; ya nada era como antes, ¡todo estaba ocupado! ¡todo era tan difícil...!

No tardó mucho en percatarse que el dinero sólo le servía para rentar una vivienda en la periferia de la ciudad. Midió sus fuerzas: ya estaba grande y se sabía enferma. Terminó por concluir que, pasara lo que pasara, ella no abandonaría el centro —bien llamado histórico— de su México donde naciera.

Otra noche húmeda, después de caminar horas y horas, con los pies y la espalda ardiéndole, se recargó en la pared de una de las casas de Motolinía. Esa tarde había llovido como pocas veces. Petri, empapada, tenía frío. En el suelo, dentro de los charcos, andaba

flotando el reflejo aceitoso de un anuncio de gas neón. Por simple curiosidad, alzó la cabeza, miró el letrero y leyó: “Hotel Impala”. La urgencia de descanso, de tibiaza, de un poco de tregua se le vino encima y, sin pensarlo, entró en el destartalado edificio.

Petrita miró el patio antiguo, polvoso y casi derruido; el amplio corredor de la planta alta aún con las estructuras de fierro para las macetas, ahora vacías. Percibió un olor conocido, que recordaba el de las fritangas, el del sudor en las almohadas, el de sábanas raídas; el de alientos cercanos... Sacó su libretita bancaria donde guardaba sus ahorros: ¿cuánto le costaría vivir ahí? Con voz tímida se lo preguntó al que atendía la administración; luego pidió permiso para sentarse en el arcaico sofá, único mueble en todo el corredor. Hizo cálculos con los ojos cerrados. Poco a poco se le fue distendiendo la boca en una sonrisa: con los centavos, puestos a interés fijo, ¡le alcanzaba!, porque, como un milagro, el “Impala” la acogía sin discutirle el precio. Se rió quedito de ella misma, por tener la certeza de que estaría muerta cuando subieran las mensualidades del hotel —o cuando se cayera a pedazos el edificio—, o cuando bajaran los intereses del banco. Y se levantó contenta para pagar el primer importe. Le dieron un cuarto grande, con balcón a la calle; la limpieza corría a cargo del huésped. El baño era colectivo.

A partir de ese momento se sintió protegida por la vetusta construcción de donde no volvió a salir, un poco por sus achaques reumáticos y, más que nada, por compensarse del tiempo largo en que anduvo expuesta al rigor de la calle. Además, empezaron a visitarla los antiguos teatreros; alguna compañera maltrecha y desvalida como Petra. Ellos adornaban su sórdido exilio de los escenarios hablando sin parar de los triunfos ocurridos décadas atrás, cuando la

vida aún les prometía ser eterna. Entre todos le compraron a Petri su dentadura postiza. Pero conforme pasaban los años, los amigos se iban alejando de a poco, casi sin sentir, hasta que el último dejó de ir a verla. Petra lo achacó a que todos se habían muerto. Los recordó con agrado, pero sin añoranzas, porque bien sabía que a esas alturas son de muerte los olvidos imposibles. Y es que, en realidad, no se quedaba sola: permanecían los siempre distintos huéspedes del Impala: pueblerinos convertidos en vendedores ambulantes; alguna mujer, en tanto buscaba trabajo de sirvienta o de lo que hubiera; prostitutas abandonadas sin dinero, presas en el hotel hasta que consiguieran el pago; de vez en cuando un ser solitario, chamagoso, oscuro, cubierto de silencios, de quien era imposible ni imaginar siquiera el más pequeño de sus secretos.

La primera tarde, después de aceptar que sus compañeros ya no volverían, salió muy maquillada a sentarse afuera de su cuarto, en el *hall* del primer piso. Ahí descansaba el administrador del hotel, en tanto leía una revista de “monitos”. Él también era un buen amigo: se encargaba de llevarle sus enchiladas, sus tortitas de papa, su sopa de fideos, comprado todo en la fonda de la esquina. Petri nunca se preguntó qué la inspiró cuando, sentada a su lado, empezó a hablarle suavemente, como si también ella se narrara a sí misma nuevos acontecimientos. Él metió el cómic en la bolsa del pantalón y la escuchó muy serio. Petri le platicó de su infancia llena del cariño y de las atenciones de sus maravillosos padres (a quienes en realidad nunca conoció), dentro de aquella enorme casa con árboles y con fuentes y jardines (una vecindad muy vieja en los alrededores de un mercado), donde jugaba con su nana y con múltiples juguetes costosísimos (niños semidesnudos, pateando alguna basura. Miseria

infantil, que Petrita-niña no tomó muy en serio...). Poco a poco algunos huéspedes se fueron acercando para sentarse junto a ella y escuchar aquella voz pastosa que contaba su vida hecha de aventuras siempre gozosas. Después de despedirse de su auditorio —sólo quedaban dos hermanas campesinas y un anciano ya dormido—, se sintió satisfecha al acostarse, y luego feliz en un sueño donde era coronada emperatriz de la zarzuela. En la tarde siguiente repitió la experiencia; entonces no pudo menos de reconocer que seguía siendo actriz. No tenía idea de dónde le venían tantos cuentos. Atentos, los oyentes únicamente se marchaban para cumplir con sus trabajos o con sus compromisos; pero llegaban otros. Petra no se interrumpía. No le importaba tener un público “flotante”, porque percibió que el encanto de sus relatos no residía ni en su coherencia, ni en su continuidad; misteriosamente su público parecía escuchar más de lo que ella iba diciendo sin titubeos ni tristezas. Y era cierto: había en ello algo más profundo, enigmático, que fascinaba a todas aquellas personas a quienes las unía, como un común denominador, la marginalidad y la miseria.

Petrita aprendió a quererlos sin fijarse jamás en sus rostros, porque no quería extrañarlos cuando tuvieran que irse. Y, entre sorbo y sorbo de aguardiente, les contaba y recontaba las gloriosas andanzas que sólo una verdadera artista tiene el privilegio de vivir. Les aseguraba que “los grandes” fueron para ella como hermanos: Roberto *el Panzón* Soto, Joaquín Pardavé, los Soler, la eximia Ninón Sevilla que un día ¡hasta llegó a ofrecerle su casa! —así de generosa era— sólo porque Petri se había luxado un tobillo en el ensayo.

Tarde a tarde regalaba a su auditorio una realidad distinta, una existencia diferente, un recuerdo recién nacido; todo iluminado por

la felicidad, como si Dios nos hubiera concebido dichosos —¡hombre, qué le costaba!—, y no tan endeble y tan mal hechos. Y le dio lástima que por este error, y desde el principio, el mal se hubiera asentado en la Tierra. De repente comparó la travesía de su infortunado destino con aquellas venturosas narraciones, y, en ese instante, ya no pudo reconocer lo verdadero. Acabó diciéndose que, finalmente, todo lo que se pudiera vivir o pensar en esta vida, todo era una suprema mentira. Y, de esta forma, Petrita se sintió hondamente aliviada cuando dejó de respetar a la *verdad*.

Una tardecita de domingo, la idea de Dios, que ya se le había ido diluyendo poco a poco, se desvaneció sin dramatismos de su corazón, cuando, asomada en el balcón, vio, por encima de los antiguos edificios, un sol que, ahogado por la neblina sucia, huía avergonzado hacia un horizonte improbable... Se sintió bien. Casualmente había encontrado la forma de no necesitar de ningún *creador*, pues ella se bastaba a sí misma para “escribir su historia”; frase que ahora acataba literalmente y que alguna vez la escuchó de los labios de un poeta durante un baile de disfraces. Sí, claro que respiraba mejor ya sin aquel pesadísimo fardo de la conciencia programada.

Por eso, ante su auditorio, tuvo buen cuidado de no mencionar la palabra “desengaño”; palabra que la abofeteó cuando aún era muy jovencita; ni habló de la cordura que la sociedad nos exige, cordura que uno va masticando con saliva amarga ante tanta desgraciada injusticia y tanto desgraciado dolor. Menos hablaba de la pesadumbre lacerante que la invadía en hospitales de beneficencia porque algún cliente, loco o borracho, o las dos cosas, la había molido a golpes o la contagiaba de algo muy desagradable. Ya no estaba en su memoria el escarnio que le infligía haber servido de

escupidera pública a los machos, y saberse inmundicia sin que ella lo hubiera deseado. No, ya no hablaba de eso porque la fuerza de la nueva vida que iba inventando, la delineaba limpiecita al ritmo de su palabra.

Es cierto que cuando cantaba en el coro de las zarzuelas podía apropiarse de la vida que representaba. Pero esas vidas también estaban escritas de antemano por un libreto del que nadie, tampoco, le preguntó si le gustaba. Además, inmediatamente después de salir para siempre de los teatros, el olor fétido del mundo la volvió a quebrar. ¿De veras, puede decirse cabalmente que esto es *la vida*?, en ese entonces se lo preguntaba Petri con muchísima frecuencia.

Y así, su imaginación iba en aumento para bien de ella y de sus oyentes. Sentada en los sillones de agujereado bejuco del *hall*, les relataba anécdotas y amores brillantes, es decir, de colores, de detalles y de destellos, de búcaros chinos con plumas de oro y camas de pabellón translúcido y sombreros de encaje, flor y velo, y vestidos de puritito guipur. En estas existencias, por lo menos en algunas, también fue primera tiple, a veces segunda, pero siempre *vedette*, y asimismo actriz de teatro y luego de cine desde que éste llegó a su magnífica ciudad. En ocasiones les confesaba que había sido monja o que fue viuda desde que nació. O les daba a entender que se había divorciado; pero eso sí: que siempre tuvo la fortuna de ser amada por los grandes personajes de la cultura y de la política nacionales. Uno de ellos, un auténtico ministro de estado, fue quien le regaló a Susuki, su perrita linda... Aunque, para confesar lo que a nadie había dicho, lo único cierto era que Petra se conservó siempre soltera, para no distraer su entrega a la lucha por la autonomía e independencia del sexo femenino. Y con los párpados entrecerrados, les

describía cómo, trepada en una chinampa de Xochimilco, lograba —gracias a la fragancia de las flores— el sortilegio de la levitación que realizaba con los brazos alzados hacia el cielo plumizo cruzado por nubes blanquísimas a lo Gabriel Figueroa. Entonces, como un oráculo, prometía a sus congéneres la emancipación de cualesquier amenazas del patriarcado; mientras, como música de fondo, los mariachis tocaban, cantando “Pero sigo siendo el rey...”.

A uno de los huéspedes que le causó ternura por joven, por flaco, por tímido y por calvo le narró sus años de casada. Le habló de su marido ferrocarrilero que le traía de sus viajes un juguetito de pasta simuladora de porcelana (viejitos, hadas, pastores, duendes), con una flor de bugambilia. Le habló de comidas y de salsas con las que hacía feliz a su marido y a sus niños; de lavadas y lavandas para sus ropas que planchaba con gran devoción; le precisó nombres de escuelas, grados y descripción de uniformes, amén de los raptos de pasión que tuvo con su Juan. Por cierto que en estos juegos —después de asegurarse que los muchachos dormían— había uno preferido que lograba enloquecerlos: ambos desnudos; él, con una venda en los ojos, tenía que buscar, únicamente con boca y lengua, la bugambilia ya marchita que Petrita había escondido en algún pliegue de su cuerpo... Al terminar la narración, el apocado oyente, con los ojos refulgentes, húmedos, sonriendo y, apenas asintiendo con la cabeza, sólo estiró una mano para posarla sobre la mano anciana de Petra, en un gesto de amor tan suave, ¡y tan excesivo...!, y tan humilde ¡y poderoso...!, ¡y tan simple e incomprensible, y tan sabio!, como ella jamás lo experimentara. Así, en silencio, viéndose, advirtiéndose, celebrándose sonrientes, permanecieron unidos. Después, el joven tranquilamente retiró su mano. ¡En ese lapso tan

corto y tan eterno, se habían llegado a amar hasta la inocencia...! Petrita, entonces, dio un larguísimo suspiro... Luego aclaró la garganta y continuó el relato de sus seis hijos, quienes vivían riquísimos en diferentes partes del mundo. También le aseguró, con la sonrisa aún en sus ojos, que el más grande —ahora ya casi tan viejo como ella— le enviaba muchísimos dólares porque había triunfado en el extranjero y vivía muy holgadamente en la inundada ciudad de Venecia.

A otros les aseguraba que nunca tuvo descendencia; o bien, que los hijos murieron en las guerras que ya ve usted que nunca faltan. Habló de sus viajes, de las poblaciones que cada día menguaban y menguaban sólo por ir olvidándose de sus nombres...

Y los cargadores, las rameras, las sirvientas, los aboneros, la ranchera asustadiza, el borrachito y el mariguano, el violinista callejero, el del cilindro y hasta *el rata* de camiones y tranvías, la escuchaban por completo desarmados con la mirada extraviada. Era como si esta mujer poseyera el imponderable poder de vigorizar sus afanes de olvido.

Por la noche, cuando el letrero del Hotel Impala era encendido, Petra López se sentía un poco mareada, con harta fatiga que ya no la dejaba seguir moldeando los altibajos de su voz con la propiedad debida para cada párrafo... Y, esforzándose por no encorvar la espalda caminaba despacio hacia su cuarto, como lo haría una reina que llevara a cuestas las responsabilidades de su pueblo. Allí la esperaban una bata o un suéter raído sobre la cama; algún cajón abierto de la cómoda exhibiendo su ropa íntima, de satín y encaje deshilachados, adquirida —hacía mil años— en cómodas mensualidades al árabe que terminó por perdonar el resto de la

deuda cuando Petri lo sedujo; y los pocos flecos, tercos, del vestido rojo, el de los domingos, que no se cansaban de espiar el exterior por una esquina del ropero. Quién sabe por qué esa noche le pareció que sus exiguas pertenencias, y ella misma, sólo podían existir gracias a los muebles, gracias a ese cuarto con su luz mortecina, a su techo tan alto, a sus sucias paredes. Se sentía rara; a lo mejor por el cansancio, o por esa lágrima de esperanza empobrecida detenida en su nariz.

No bien se había recostado, cuando le vino el impulso, ese vuelco caliente del corazón, aquella extraviada ternura que la obligó a sacar, de algún recoveco de su interior, el pequeño grito cariñoso. Y se preguntó a quién... a estas alturas... ¿Se habría vuelto definitivamente loca?... Luego hizo un mohín con su boca desdentada: ¡qué más daba no tener tampoco esta respuesta! Después de todo jamás supo nada, ni de ella ni de los demás, ni de un carajo. En ese instante se le vino a la mente sus “pláticas de las tardes”. Sí, ahora lo podía ver con claridad: había sido un truco bastante estúpido contra la pétrea realidad — ¡qué ridículo! —, contra esa Verdad solemne que, aunque Petri ya la había repudiado, continuaba imponiéndose como la ley del mundo. Y pensó algo así como que el hecho de autointentarse, al final de cuentas, carecía de la mínima importancia para ella y para los otros, porque todo, finalmente, caía perdiéndose como hoja seca de la memoria. De tal modo que ni sus sueños, ni la versión supuestamente “verdadera” de su existencia tenían la menor relevancia y, sin ruido, se habían hecho uno con la nada... Decidió, de repente, que las mentadas charlas se terminaban en ese instante. Ay, sí, ¡qué papelón!..., se dijo avergonzada. Si al menos no habláramos tanto; “si fuéramos mudos, no seríamos tan idiotas”,

musitó. Luego, muy lejos de explicárselo, su mente antigua elaboró un pensamiento, algo así como que la historia suya y la de toditita la gente de este planeta era sólo la historia de una enorme y cínica mentira... y de una verdadera *realidad* que nunca podremos descubrir. Sonrió plácidamente: había sido su última gran actuación dedicada a sí misma.

Y en la espera de que la vida le hendiera la última puñalada, el zarpazo definitivo, se le fue durmiendo el dilatado cartón de su sonrisa, mientras que con los ojos pinchaba en muro invisible el vacío de su mirada.

Ando cansada

en esta ciudad algún día de junio, día de mi diablo

padre querido carta última te envió hecha pavariar en la cama afán puedas entender o escuchar o siquiera percibir grito porque aunque no-lo-creas-te-extraño mi vida sigue bien tensa placentera cruel mucho trabajo días entera güeva y noches con lluvia a veces un respirito esperanzador y las más aburrimiento sordo entre la neurosis soy buena y en ocasiones justa disparatada y bien enferma de la azotea necesidades y rebeldías y luego cine y ¡qué padre película! y mañana pienso-escribo un guión cinematográfico mientras tanto tecleo de computadora y llegar puntual a la oficina y ¿qué me pondré mañana? y ya no tengo zapatos y ¡mugres camiones ya no los aguanto! y buenos días señor don contador público titulado

maestro y doctor don perfecto-mierdecilla y ¿dónde estará mi hijo? mi perra se puso eufórica cuando se fueron sus hijos aníbal, popea y clarita su libertad perruna noble ejemplo tan sano quién estuviera con la natura tura naturaleza en la tarde entre árboles jardincito esmirriado pavariar progreso planes ambiciones juega de proyectos en la noche acelere literario a las siete y media ya son las siete y media ¡las siete y media y brinco del colchón acunado para deslumbre realidad cansancio sueño grito ahogado de mandar todo y no sólo eso sino arrastrarlo en los tacones ya les faltan tapas pero no se los puedo dejar maistro porque son los únicos como el único él único-hijo-bien-amado aquí en medio doliendo como una canija muela y hoy puede que ahora sí aunque ya no me hiera más al herirse tanto ya no le hago caso hoy que se lo lleve el diablo porque hice lo que pude como tú padre conmigo y todos hacemos lo que podemos por todos aunque todos estemos bien jodidos y después la calentura ojuna de las lágrimas pero ¡qué linda es la vida! ¡y el día de la madre! Y ¡qué horrible morirse! a mí me da miedo qué caray que se maten los pendejos

y la casa pagada a plazos durante veinte años y la sala-comedor con muebles cubiertos de plástico y el cuadro de la última cena de da vinci arriba del aparador de cristales sucios de mermelada seca lleno de muñequitos mutilados de azúcar y figuras de porcelana rota y un plato con un pedazo de queso rancio y las paredes que se caen de humedad

pero de todos modos existen domingos en que planchando y ando y ando con endo y endo se pasa el día de descanso en ofrenda mortuoria a los planes que hicimos toda la semana pero también está mi tía hermana tuya la mayor-niña-anciana de la familia

que viene de visita con la mirada buscando la copita de rompopo y le fabrico frases del más puro congolés que no entiende la niña-siglo-rete-pasado pero que incita mirada aguardando y a ver si hoy sí me entiende aguardando una copita de rompopo pope rompopo a que rom-pa el silencio y diga y diga más frases en perfecto congolés que definitivamente jamás entenderá y que yo fatigada por tanto esfuerzo ¿a dónde quieres ir? fatídica pregunta de incalculables resultados porque puede ser a marte o a texcoco o siempre a algún lugar incómodo pero irrealizable pero vamos como no yendo y preguntando qué jijos estamos haciendo en gastar gasolina que no tenemos y a ver si esta charchina logra pasar el semáforo y mientras el tiempo corre junto con el mucho quehacer en este único día en que es el único para hacerlo, pero es culpa del idioma ¿sabes? que parece ya nadie entiende nadie humano comprende en este ir y venir absurdo buscando dinero de loquitos de paranoicos y curioso dato el paranoico nuestro lenguaje es incomprendible también como el del congo que hablo a tu hermanita

que de paso a la cocina con el fregadero lleno de trastes por lavar y la estufa con cacerolas amontonadas aguardando su limpieza y un bote de basura copeteado junto con el mantel con manchas de huevo que cuelga de la estufa y cae en un extremo sobre la basura y una mujer anciana flácida y temblorosa que no sabe por dónde empezar y que empieza por empezar algo a separar frijoles

pienso entonces niñez lejana casa grande y en ti más grande y macetas con plantas tengo ahora que ver parque esmirriado en algunas tardes puedo agachada como inspector de césped por tanta compu pero sonrío trabajos que alguien sabe necesito dinero quién no lo necesita señores todos andamos a la rebatinga por eso quiero

cuarenta cuartillas bien escritas para pasado mañana renglón cerrado no es mucho gracias hasta luego adiós cómo le va con permiso pase y pienso entonces la cama mullida que ya no tengo que ya no tiene resortes y parece cuna del seno de mi madre quien también trabajó en la costura trabajo chupado por los judíos de esa calle ¿te acuerdas? de noche ya va a salir mamá escóndete para darle una sorpresa puede que ya ni te acuerdes

y luego está la recámara, chiquita, ya no son como antes las casas, qué va, con los muebles conocidos, sabidos y absorbidos que ni siquiera se reconoce su forma o su madera de tantos años de verlos y verlos y verlos y también está tu cama matrimonial sostenida por viejos libros policíacos sin pasta en donde ya se fue de tu memoria que alguna vez allí hiciste el amor con amor y el buró lleno de recibos de luz y de aspirinas con las llaves de la casa que siempre se andan perdiendo y un bote de bicarbonato de sodio

yo espero siempre recuerdes y no sé si siquiera tengas memoria pero por afán puedas entender o escuchar o siquiera percibir

y junto a la recámara de gran tocador rasguñado quemado con marcas de vasos en donde se sienta apretujada por tantos muebles viejos la mujer flácida a ver-recodar su juventud aprisionada en ese mismo espejo junto con el baño de cine de octava sin desinfectante

porque estoy cansada de hablar congelés estoy cansada del grito ahogado en los tacones estoy cansada del día domingo que no existe estoy cansada de ver de oír de sentir el aire traspasado de gritos sordos como el mío pero en idiomas diferentes que nadie escucha ya acostumbrados a no entender de sacudimientos interiores rajando rompiendo machacando masticando desgajando desmembrando deshaciendo en nada la enmohecida lejana palabra visceral

y junto a la recámara y el baño de cine de octava, en la sala-comedor está un hombre sentado en un sofá con una mariposa de grasa en el respaldo, en pantuflas rotas con su bata de hace ¡uf ya tiene tanto! con lentes con el poco pelo canoso y lleno de caspa que huele a la misma humedad de las toallas del baño y con un diente menos y con el periódico de hoy al lado y con un agujero en el calcetín leyendo una carta que termina

te quiero puedo decir sinceramente posible y sea por soledad y recuerdos

Y entonces se levanta y le grita a su mujer que está escogiendo frijoles en la cocina de su casa pagada a través de veinte años:

—No es nada importante. Es una carta de Ana que dice que está bien. Sigue en su mismo trabajo, a Dios gracias, porque ya ves que no dura en ninguno... así fue desde chiquita... Ah, y que Eduardito... bueno, no sé qué me dice de Eduardito, ya sabes que no se le entiende bien cuando escribe.

¡Que se nos acaba la telenovela!

¡Yodos sáncadas ede al davi! ¡Tedeus oni netie edo eres lecrues!
¡Orepe eme naspes!

Éstos eran los sonidos que sólo alcanzaban a escuchar los viejos, aunque ella hablara en accesible castellano.

Ana se calló y los miró de reojo, como si sus pupilas pudieran quemarse al captar de lleno las dos decrepitas figuras.

—¿Ya te vas a dormir? —preguntó pausadamente Cholita, viéndola por encima de los lentes con una atención casi científica.

—Aya —respondió ella con fastidio.

El viejo tardó varios segundos al tratar de separar los labios sin que se le cayera la dentadura postiza. Cuando al fin logró articular el monosílabo “tan”, principio de una frase que jamás llegó

a construir; su hija Ana se volvía para irse del cuarto, cerrando la puerta con estrépito.

Cholita y él se quedaron viendo por donde ella se había marchado, como si trataran de “mirar” el ruido del portazo.

Después, poco a poco, él estiró las piernas sobre la cama y Cholita suspiró. La anciana, apoyándose con una mano en el respaldo de la silla, se levantó con dificultad para dirigirse muy despacio hacia el destartado televisor.

La proposición de él llegó unos segundos más tarde.

—Si quieres prende la tele —y el anciano cerró los ojos para colocarse bien los dientes. En tanto Cholita caminaba penosamente el medio metro que la separaba del mueble, pudo advertir por la ventana la última luz de la tarde, pero no le dio importancia.

—Mira, papi, acaba de empezar la telenovela.

Y volvió a su silla donde, con impecable esmero, se fue desplomando.

Por los rincones, sobre el piso, se amontonaban los desprendimientos calizos de la pared despellejada.

—Siempre estuvo muy enamorada de ti. Hasta yo sospeché que entre ustedes...

—No, qué va, reconozco que es muy hermosa, pero yo sí puedo ser fiel a la mujer que amo

¡BRILLA DE TAN LIMPIA PORQUE SE HA LAVADO CON CHISPAS DE LUZ, EL MÁGICO DETERGENTE DESINTGRADOR DE LA MUGRE!

Cholita estiró el brazo para tomar su chal. Se lo puso sobre los hombros, como si le diera un pase a la pereza.

—Y ahora ¿por qué se habrá disgustado Ana?

—¿Disgustado? —masculló el viejo—. Yo creí que estaba bromeando... Hasta pensé que se reía...

—Ay, papi, tú ya no te das cuenta de nada. ¿No te fijaste que algo nos reclamaba?

—¿Qué cosa? —preguntó él.

—Sepa —respondió Cholita y se quedó con la boca abierta viendo la televisión.

¡HA LLEGADO POR FIN EL BENDITO ADVENIMIENTO! HA NACIDO AQUEL QUE TANTO HEMOS ESPERADO: ¡¡EL POLLO-MIGA!!... DELICIOSAS MIGAJAS DE POLLO RECICLADO.

En ese momento, Ana pensaba en la soledad. Hacía frío. La otra televisión, prendida en su recámara, hablaba como una esquizofrénica. Pero ella no le daba importancia.

Así, recostada, aún con el abrigo puesto, sólo se concentró en sentir de qué manera el cansancio —como un invisible humo que escapara de su cuerpo— se esfumaba de a poco, dejando en su espalda, en sus piernas, al final, un dolor bien definido.

Miró por la ventana. La última luz de la tarde se marchaba triste; al parecer le estaba costando irse.

Ana se levantó y apagó el televisor. Bajó las viejas escaleras, abrió el portón y se enfrentó al frío.

Las calles del barrio ya se encontraban alumbradas por la energía eléctrica. Miró los rostros conocidos de quienes nunca conoció; miró a los hombres, terriblemente semejantes entre ellos; alguna joven columpiando su bolsa de pan en tanto que inclinada observaba el suelo; miró a la señora de soberbia miseria, todavía propietaria de la mansión en ruinas de la esquina. La acera brillaba mojada, gracias a los reflejos de los anuncios luminosos. Pero no había llovido en meses. Ana se detuvo ante una mujer que vendía pambazos.

Entre tanto, Isaías Blablowski, por los micrófonos comunicantes, por los viejos radios y televisores, que la mayoría de la gente pobre aún conservaba, decía a todos los habitantes de la Tierra:

Ayer, a las seis de la tarde, el Presidente General, en su declaración a la prensa, ha dicho (imagen en close-up del presidente, con subtítulos en español): “Después de este último holocausto, dentro del nuevo bloque intercontinental, han sido fusionados, en un presente eterno sin fronteras, el pasado y el futuro de los pocos habitantes que quedan en las naciones...”. Éstas fueron las palabras del Señor Presidente, pronunciadas ante un pequeño grupo de extranjeros...

—¿Me decía, señor? —inquirió la vendedora.

—No, yo no... —contestó Ana sorprendida.

—¿Quiere un pambazo?

Ana levantó las cejas, abriendo toda la claridad de sus ojos.

—¿Me lo regala? —dijo sin conseguir volver a la realidad.

También hubo un destello de asombro en la marchanta aunque sólo duró un instante.

—¡Pos ésta...! — y volviéndose le dio la espalda.

Ana continuó por el mismo camino, sin cruzar, sin retroceder. En una esquina tres sirvientas reían, jaloneándose con dos muchachos. Ella volvió a pensar en la palabra soledad.

—Sol y edad —se dijo, e inmediatamente le vino a la mente una imagen:

—¡Antonio!

Y entonces sí atravesó la calle casi corriendo con riesgo de caerse entre las piedras, las bolsas de basura, los hoyos, las inmundicias que se embarraban a las suelas de los zapatos.

Llegó al departamento, sofocada. En ese momento le pareció absurda su propia terquedad al negarse a tener un duplicado de la llave, no obstante lo mucho que él había insistido en dársela. Se arrimó a la puerta cerrada y pegó los labios a su madera.

—¿Estás o no estás? —le dijo en secreto.

Después se irguió, se arregló el cuello del abrigo y tocó con los nudillos.

—Cuando Felipe Ángeles lo supo, no sabes, Cholita, la que se armó.

—Ay, papi, cómo crees que no voy a saberlo si todos los días me lo platicas. Ese Ángeles era el de Pancho Villa, ¿no?

En el islote de Jácuri, en Oaxaca, el último lugar donde no había toque de queda, ayer hubo un tiroteo por la tarde que, al parecer, acabó con el pueblo...

—Cuando yo tenía la ruta del Pacífico... —balbuceó el viejo.

—Me acuerdo, papi.

—Me la dieron porque todavía no estaba abierta, y a mí siempre me adjudicaron la fama de vendedor estrella.

—Ajá.

—En aquel Chihuahua que hace años desapareció cumplí mis cuarenta años de edad.

—Y yo aquí, en México, esperándote —respondió la anciana sin ninguna emoción.

—En esa ciudad estuve a punto de volverme a casar con la muchacha más buena de la Tierra, la que más me quiso.

—Sí, ya lo sé, papi. Se llamaba Alicia. Pero a la mera hora te asustaste, la dejaste vestida y alborotada y te regresaste a México en aeroplano. Llegaste a mi casa todo cariñoso, ¿te acuerdas?, dizque a pedirme perdón. Tú y yo éramos novios, aunque en tus viajes, tú tenías a todas las mujeres que se te daba la gana. Te esperé trece años, ¡y eso que yo ni siquiera fui la mujer que más te quiso!

El viejo carraspeó. Su voz se escuchó con un engolamiento que quería recubrir algo posiblemente trascendente.

—Lo cierto es que no me casé por Ana, que en esa época era una niña chiquita.

—Pero si jamás la veías —Cholita se humedeció los labios—. Recién nacida, cuando se murió su mamá, tú se la entregaste a tu madre. Y tampoco te hubieras casado conmigo si no te rompés la pierna en aquel accidente; entonces sí me necesitaste para que yo

te atendiera... Y es que con la cojera, claro, se te murió en ti el galán que tanto te gustaba.

Ambos se quedaron en silencio con los ojos muy abiertos mirando hacia sus adentros todo lo que permanecía muerto sin remedio. Luego ella prosiguió:

—La verdad es que Ana y tú nunca habitaron la misma casa, hasta ahora, que volvimos para morirnos con ella. —La vieja cerró los párpados mientras se rascaba la cabeza. Él imaginó una gallina: y pensó en el calor que debía tener su piel, entre las plumas—. Aunque nos trata remal —se quejó Cholita—. Yo creo que ya se había acostumbrado a vivir sola... Hoy, cuando regresó de su trabajo, estaba furiosa, vete tú a saber por qué. Yo ni le hago nada...

Abrió los ojos y volvió a poner juntas las manos sobre el regazo. Su mirada, sin expresión, se clavó de nuevo en la pantalla. Él soltó la cabeza que cayó sobre el cerro de almohadas. En esta ocasión también dijo la última palabra.

—Pues lo que te decía, el tal Pancho Villa, aparte de gran estratega, no era más que un cuatrero muy bruto.

¡DELE VITAMINAS A SU PRINCESA! ¡ALIMÉNTELA BIEN CON GORDAPLÁS, ANTES DE INSCRIBIRLA EN EL CONCURSO! SI SALE ELECTA MISS GALAXIA, ELLA Y SU FAMILIA CONTARÁN CON UNA BECA ALIMENTARIA ¡POR TODO UN AÑO!

Y la puerta se abrió.

Antonio, al verla, estiró una mano sin llegar a tocarla.

—¡Ana!

—Pasaba por aquí... Es decir, vine a ver el edificio que están volviendo a construir, y como tu casa está cerca.... —improvisó.

—¡Entra!

El departamento no cambiaba —excepto en su desgaste progresivo, como todos—: la sala-comedor atestada de libros, folletos, cuadernos, hojas de block y dos o tres reproducciones de arte abstracto, con marcos de cartón. “¿Por qué no las cuelga en la pared?”, ella se preguntaba invariablemente.

Ana se fijó en un trapo de cocina muy sucio sobre la mesa.

Se sancionará con fuerte multa o cárcel a quien no lleve puesta la mascarilla correspondiente.

—¿Estás viendo la tele?

—Sí, las noticias. Siéntate. ¿Quieres un café?... ¡Hace tanto que no te veía!

En Australia la guerra continúa en ciudades y pueblos...

Antonio, cuidando de no pisar las duelas más podridas, volvió con una taza humeante y una cerveza helada en la otra mano.

—La ocasión amerita brindar con lo último que me queda... —dijo riendo.

Ana tenía los ojos llenos de sombras... Él hizo el intento de ir hacia el televisor.

—Voy a apagarlo.

—A mí no me molesta.

—A mí sí —pero Antonio se arrellanó en el sillón muy cerca de ella—. ¿Por qué esta vez te has tardado tanto en regresar?

Ella sonrió sin proponérselo.

—No he podido antes... Y tú, ¿cómo has estado?

—Mal, sin ti. —Antonio lo dijo con la mirada baja, en actitud de derrota y ésta, su propia actuación, lo conmovió.

Ana trató de ser objetiva y pensó que era una verdad a medias, quizá a cuartas. Había adquirido experiencia. Las trampas del amor ya no se cerraban sobre ella, lastimándola.

¡YA PÁRELA! ¡DEJE DE RONDAR LOS ZAGUANES! ¡SIENTE CABEZA!
¡EMPIECE CON SU NUEVA FAMILIA DENTRO DEL MEJOR NIDITO DE
AMOR!: ¡RENTE UN ANTIGUO AUTOMÓVIL-HABITACIÓN!...

—¿Y Ana? —balbuceó el viejo, mientras de su boca se desprendía un gordo hilo de baba.

—En su recámara. Creo. Nunca sabemos dónde está. Ni siquiera come con nosotros —Cholita se cubrió mejor con el chal—. Es tan rara...

—Sí —asintió el anciano, y pesada cayó la saliva sobre su pecho—. Desde chiquita, fíjate. Cuando yo volvía de los viajes, jamás entendía lo que quería decirme. Aunque entonces me esperaba con verdadero cariño.

—Se me hace que ella también notó que siempre dices mentiras y por eso dejó de quererte.

—¡Mentiras! —farfulló él con enojo—, como si alguien supiera la verdad... ¿Cuántos años tendrá ahora?

—¿Quién, papi?

—Pues Ana, quién más.

—Ah, pues...

—¿Habrá llegado ya a los treinta?

—Uf, eso fue hace mucho. Yo creo que anda por los cincuenta —concluyó ella.

—¡N'hombre!... Pues entonces ya está grande, ¿no, Cholita?

...Sin embargo, el Gobierno-Único-Central, en atención a ciertas adicciones conceptuales, ha dejado el símbolo patrio representado por banderas, únicamente como emblema de la Copa Mundial de Fútbol.

~~*

—En cambio, yo ni siquiera he pensado en nosotros —Ana se sintió satisfecha: lo había asegurado con naturalidad, sin agresión.

—¿Ah, sí? Y entonces ¿por qué viniste? —Tampoco se percibió rencor en la pregunta de Antonio.

—Simplemente porque caminaba... —respondió ella sin pensar en nada.

—¿Sola?

—Sí; ¿por qué no?

—Es peligroso.

Ana se encajó las uñas en un brazo, esforzándose porque las lágrimas se evaporaran en las pestañas. Siempre las lágrimas. De pronto.

Antonio la tomó de los hombros y la miró a los ojos.

—Déjate de pendejadas y dime lo que te pasa.

Ella agachó la cabeza escondiéndola en el hombro de su amante, en tanto sentía cómo todos sus órganos apretaban sus caras avergonzadas y lloraban hacia adentro las más envenenadas lágrimas.

Luego levantó el rostro seco.

—No es nada. ¡Fastidio! Puede ser que ya no aguante más los dos turnos en la oficina. Será mejor que los tres renunciemos a la necesidad y nos muramos de hambre lo más rápido posible. Mi vida se resuelve en un asqueroso despacho sin luz natural, lleno de robots, repleto de imbéciles empeñados en una tarea espuria.

—Y eso que tú y yo pertenecemos al grupito de los privilegiados... —Antonio lo dijo sin alzar la vista del suelo.

Ana estuvo a punto de escupir una imprecación, pero se contuvo y sonrió retadora. Al empezar a quitarse el abrigo, preguntó:

—¿Y qué?, ¿hoy no cogemos?

LOS QUE PODEMOS, DEMOS... ¡COMBATA LOS RESIDUOS NUCLEARES MARÍTIMOS! ¡ÚNASE A LA BRIGADA DE SALVACIÓN OCEÁNICA COMPRANDO LEGENDARIOS TIMBRES POSTALES CON LA EFIGIE DE PINGÜINOS Y OTRAS ESPECIES POR COMPLETO EXTINTAS!

Cholita se encogió de hombros.

—Ni siquiera nos ha dado nuestra merienda, ¿tú crees?

—Si vieras que ya me da asco el té que nos hace tragar antes de dormir... —el viejo creyó decírselo a su esposa, pero en realidad sólo lo había pensado.

—Los hijos inevitablemente siempre terminan por ser unos desagradecidos —aseguró ella... Y olvidaron la conversación en el acto.

Desde la recámara se oía el gruñido indefinible de la televisión, como si el ronquido de un gigante ebrio soplara y resoplara, enrareciendo aún más el aire ya casi irrespirable.

Por fin lograron desprenderse, mojados de sudor y semen, desnudos sobre la descolorida colcha. Antonio encendió un cigarrillo para ella.

—Toma.

Su voz tenía la facultad, en cierta medida, de cambiar las cosas siempre y cuando se escuchara en la oscuridad.

—Yo también ando mal, sabes.

Ana se mantuvo en silencio, fumando, mientras él expresaba, una vez más, aquella disquisición tan vieja.

—Siento como si algo se hubiera desajustado. Una pieza chiquita, cualquier madre pero que jode todo. Sin embargo, la Organización anda bien... los cuadros... sí, puede que mejor que nunca... —Y añadió: —Pero, sabes, no sé..., anoche soñé que en un estadio inmenso, Hugo Borja pateaba la cabeza de Marilyn Monroe y con ella metía goles una y otra vez, goles que repetía compulsivamente un video-tape. Jugaba solo y la multitud lo ovacionaba. La pelota-cabeza de Marilyn estaba tinta en sangre.

—¡Qué horrible!

—No, fíjate, a mí me dio risa. Desperté riéndome... Pero al rati-
to me puse a pensar que era la primera vez en un chingo de tiempo
que me reía. Y entonces ¡se me vino encima la tristeza! Hasta ese
instante asumí que la tal tristeza es lo único que me acompaña to-
dos los días, de la mañana a la noche. Y que es ella la que está des-
mitificando mis convicciones. Como que se me ha perdido, sabes,
la... indignación, mi angustia..., mi necesidad de destruir. Y eso
debe ser algo muy malo. Tengo treinta y dos años y...

—Y yo cuarenta y nueve —se murmuró ella.

—Tengo treinta y dos años y como que ya nada me parece mal.
¡Imagínate! Sí... puede que sin darme cuenta esté entrando al so-
metimiento y eso es lo que va a arruinar mi vida. —Se volvió de re-
pente y abrazó a Ana—. ¡Pero cuando tú vienes es distinto! Me dan
ganas de proclamar decretos. De mandar al paredón a quien no se
parta el alma por alcanzar otra vida, la verdadera, la que nos fue arre-
batada... Una vida para nosotros...

—¿Nosotros?

—¿No entiendes, Ana? Tú me engendras la pasión que pierdo
todos los días mamándome a esta encabronada ciudad. Me embara-
zas de odio, Ana, de odio imprescindible para sentirme vivo. Por eso
te amo. Mira, juntos...

—¡Juntos!

—...podríamos, podríamos...

Ana tiró al suelo el cigarro y se colocó encima de él.

—Antonio, yo también existo. Mal que bien, soy. ¡Soy, a pesar
de ser algo incompleto, en estado larvario, o fetal, si lo prefieres,
pero exactamente como cualquier otro bicho de mi misma especie,

aunque distinta!... Modelo idéntico, pero separado... Por lo tanto ¿podrías hacerme una pregunta personal por pequeña que sea?

Hubo un largo silencio. Antonio la miró, primero con sorpresa, luego, complaciente.

—Entiendo... ¿me quieres? —dijo y esperó.

Los ojos de ella se opacaron aún más. Ana, vencida, abrió los brazos para dejarse caer suavemente sobre el cuerpo de Antonio.

—Claro, a estas alturas ya nadie puede entender nada —dijo con fatiga.

Y él, triste, no protestó, porque en el fondo lo sabía.

LA PRUEBA LA HACE USTED, ¡NOSOTROS LO INSEMINAMOS!

En el buró se apilaban los recibos de renta, las aspirinas y un bote grande de bicarbonato de sodio, además de las llaves que siempre se andan perdiendo.

Rubio, pulcro, Isaías Blablowski seguía informando:

Afortunadamente nuestra política de depuración étnica ha dado muy buenos resultados a lo ancho de nuestro globo terráqueo, en territorios de urgente exterminación ya que, invasores, se empeñaban tercamente en subsistir dentro de sus viejos lugares de origen. Así, la Democracia vuelve a encontrar el camino de excelencia, sin ningún otro estorbo en su destino manifestado. (Isaías alzó su áurea cabeza, miró sonriendo a la cámara con sumo beneplácito, y añadió:) El Señor Presidente General, conmovido, cortó el listón inaugural de la Plaza de las Etnias Muertas.

—Si quieres yo te traigo tu tecito, papi.

—Mejor pídeselo a Ana. Es temprano. Se me hace que todavía no se duerme.

—No, me da miedo. Con eso de que uno no sabe cuándo está enojada...

—Ya no juegues, Ana. Yo te quiero.

—No es suficiente.

—¿Y por qué no ha de ser suficiente?... ¿Qué rayos te pasa, eh? ¡Dímelo!

“¡Dímelo, cómo no, tan fácil! Cómo decir que estoy cansada de aguardar mi día de fiesta. Cansada de absorber soledad. De troncharme el esqueleto por dos egoístas hilachos humanos —mi pobre padre, mi pobre madrastra—, tan mezquinos, insensibles y crueles como yo misma, como cualquiera... ¡Cómo decirte! ¡Cómo decirlo!... ¿A quién?”

Pero sólo dijo “no” con la cabeza y después, simplemente, respondió preguntando:

—¿Te casarías conmigo, Antonio, a pesar de mi edad?

MORAL, FAMILIA, SOCIEDAD, GOBIERNO Y ORDEN.

—Pero... ¡Desde hace siglos ya no se usa eso!... ¿Tú quieres casarte?

—Yo pregunté primero.

—Pues, no sé, me sorprendes. Nunca pensé que tú sintieras la necesidad de esas cosas —y se sentó en la cama—. Además, tú eres mi mujer, lo sabes, y si no vives aquí es porque no has querido. Siempre he respetado tu independencia. Ya ves que si tú no vienes yo me aguanto las ganas y ni siquiera te busco. Lo acordamos desde el principio...

—¡Qué bárbaro! ¡Qué liberales nos hemos vuelto!, ¿no? —Y como un latigazo se le vino a la mente uno de los preceptos malditos, uno de los más refutados y prohibidos (so pena de muerte) por el Gobierno-Único-Central:

Vivir realmente es rechazar a los otros; para aceptarlos hay que saber renunciar, violentarse, actuar contra la propia naturaleza: debilitarse. Sólo se concibe la libertad para uno mismo; al prójimo se la otorgamos a duras penas, de ahí lo precario del liberalismo, reto a nuestros instintos, opuesto a nuestros imperativos profundos. Somos naturalmente inadecuados para él.

Ana sabía que la Universal Society of Love to Humanity —te-naz perseguidora de los paria-negativos— condenaría a la muerte lenta, a la tortura, a quien tal tesis expusiera aun de manera ingenua o casual.

—Aunque si nos casáramos —prosiguió espantada y espantando a la “Nefasta-Idea-Negativa”—, ¿qué pasaría con mis viejos?

—Eso es lo de menos... Pero ¿casarnos?... En fin, Ana, yo te quiero. Jamás me permites demostrártelo, ni siquiera soportas que te lo diga, lo cual no implica la necesidad de vivir juntos... ¿no?

—Brates —pronunció ella y de un salto se bajó de la cama.

—¿Qué dijiste?

—Que me voy —y desapareció en el cuarto de baño.

Después Antonio gritaba frente a la puerta.

—¿Qué dices?... ¿Qué dices?...

—¡Crash!

—Ana, ¿estás bien?

—¡Crash! ¡Crash! ¡Crash!

Cuando se despidieron, Antonio la agarró de la manga del abrigo.

—Tienes que volver —dijo—. Yo te necesito —argumentó—. Nos completamos y juntos llegaremos a ser verdaderamente una pareja —sonrió—. Ojalá sea pronto —murmuró y cerró la puerta.

Ana se quedó mirándola así, cerrada, por un buen rato. Luego estiró el dedo índice y apuntó hacia ella.

—No, Antonio, tú no estás aquí ni en ninguna parte. Por eso te buscaré en... ¡Televiscosmos! —y disparó.

—¿Te acuerdas de Jaimito García Gutiérrez, Cholita?

—Sí, cómo no voy a acordarme de él, papi. Ya sabes que yo me acuerdo de casi todo.

—Nunca llegamos a saber si también era invertido o no, ¿verdad?

—Pues yo creo que también, papi.

—Pues no, porque ya ves que tuvo una novia.

—Pero no se casó con ella ni con nadie. De todos modos siempre fue muy correcto —finalizó Cholita.

Su atención, por favor: Boletín de Última Hora.

—Este muchacho Blablowski ya está viejo, ¿no te parece, Cholita?

Terror en las calles de la colonia Roma: una loca —esta vez una mujer—, con una antigua, muy vieja metralleta, se ha puesto a dispararle a los transeúntes... La policía no la encuentra... ¡Dos docenas de muertos!... Alguien la vio abordar un taxi... Puede estar en cualquier parte... ¡Cierren bien puertas y ventanas! ¡No abran absolutamente a nadie! ¡Todos corremos peligro!

—Ay, ¿oíste, papi? Que dizque una loca anda matándonos...

—No hagas caso, Cholita. Ya sucedió lo mismo el otro día hace como doscientos años cuando un actor gringo dijo por radio que los marcianos invadían la Tierra y, ya ves, que no era más que un nuevo programa. ¿Cómo diablos se llamaba aquel fulano?, ahorita no me acuerdo...

En ese preciso instante ella no dio crédito a lo que veía en la pantalla.

—¡Papi! ¡Mira!... ¡Es Ana, tu hija!...

El viejo se puso temblando los lentes.

—Ah, pues sí... Tienes razón, es ella —y añadió—: ¿No te lo estaba yo diciendo? En estos tiempos no puede uno creerse nada de lo que ve ni de lo que oye. Nada es cierto, ¡ya te lo dije, Cholita!

La televisión captó fielmente la figura de Ana que se adentraba en la cabina apuntando fieramente con su dedo índice. Blablawski gritó pidiendo ayuda. Hubo un aturdimiento de hombres yendo y viniendo. Isaías, aterrorizado, tiró la silla al levantarse. El viejo se sentó en la cama.

—¡Pronto! ¡Despiértala! Seguro que le gustará verse en la tele.

—Voy volando —dijo la anciana y obligó a sus piernas artríticas a moverse—. ¡Anaa!...

“Se ve gordita”, pensó el anciano al mirar a su hija en la pantalla.

—¡Rápido! ¡Vénganse las dos a ver a Ana! —gritó el viejo y se quitó la dentadura postiza.

La gente en el estudio se revolvió desesperada. Los disparos no tardaron en oírse. En ese momento, las dos mujeres entraron en el cuarto.

—¿Eque desuse? —preguntó Ana, azorada.

—¡Ay, papi! ¡Mira!... ¡Ya se echó al pobre de Isaías!...

—Siéntense, siéntense...

Ambas obedecieron como autómatas.

—¿Yo? —repetía una y otra vez Ana en voz muy baja—. ¿Yo?

—¡Dios bendito! —exclamó la anciana—. ¡Está asesinando a toda la ciudad! Ya sospechaba yo que esta tarde regresó molesta.

¡¡Paw!!... ¡¡Boom!!... ¡¡Plaff!!...

—Pero hombre, Cholita, ¡esta muchacha qué escándalo está haciendo!

Atrás de la pequeña pantalla a colores, Ana pareció escuchar a su padre.

— ¡Cate morti perci! —le increpó.

Cholita abrió espantosamente los ojos.

— ¡¡Se vuelve contra nosotros, papi!!

Ana no se movió. Obnubilada, miraba el desdoblamiento e intuía que aquella parte de su ser que siempre la martirizó con desgarradoras exigencias se había, por fin, liberado; y ahora, ella misma, todos, nos encontrábamos bajo su infinita cólera, a merced de su inconmensurable ferocidad.

Desde adentro del televisor Ana estiró el dedo hacia ellos, y con un horripilante gesto doloroso, dijo:

— ¡Yotos, sáncadas ede al devi!

— ¿Qué dice? —aulló el viejo ahora sí alarmado.

— ¡Tedus oni netie edo eres!

— ¡¡No sé!! ¿Cuándo hemos podido entenderla? —chilló

Cholita.

— ¡Orepe eme naspes! —se desgañitó ella a través de la tele.

La vieja miró de reojo a Ana que, a su lado, con la cara cubierta por las manos, sollozaba. Pero no le dio importancia.

— ¡Papi, nos va a disparar! ¡Nos va a matar, papi!

Ana miró otra vez su propia imagen. La fascinación y el pánico la sacudieron en temblores.

Con un crepitar atronador, la TV saltaba, llameante, a punto del apoteótico estallido en cadena.

Cholita, trastornada por el terror, ya no supo lo que quiso decir en aquel postrer grito de agonía.

— ¡¡QUE SE ACABA LA TELENOVELA, PAPI, QUE SE NOS ACABA!!...

Ellos trataron, con los brazos, de defender sus cabezas, pero el dedo de Ana disparaba ya la ráfaga de balas ¡ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta! que desintegró a los tres en un instante.

Al callar la televisión para siempre, el Silencio empezó a cho-rear, a escurrirse, a correr, inundando con violencia taciturna lo que había sido el planeta para los humanos hasta irlo consumiendo poco a poco y quedar sólo un puntito perdido en la densa neblina de la nada.

La Pasión

Fernando y Alicia, contentos, empezaron a caminar entre chozas, vegetación, mosquitos y huertas. Eran sus primeras vacaciones.

—¿Tú has ido a Iztapalapa alguna vez en Semana Santa?

—Nunca, y mira que siempre quise hacerlo.

—Yo sí —añadió él—, hace mucho tiempo. Ahí vi la dichosa *Pasión* que tanta fama tiene.

—¿Cómo será la de este pueblito?

—Me imagino que como la de todos los pueblos. En México ya se ha hecho una tradición.

Llegaron a donde estaba la gente, los coches y los camiones.

—Mira, desde aquí empieza... Allá, en ese lado están los actores...

Alicia miró una túnica blanca toda manchada como de mole y una capa roja. Alzó la mirada y vio a un hombre robusto, moreno, cacarizo de la cara, con una peluca inverosímil de caireles rubios, tan polvosa y sucia que podía pararse sola, coronada por un cerco de espinas gigantes con algún yerbajo que se le hubiera enganchado. Entre las cicatrices del rostro escurría una especie de melaza roja (la sangre), la cual, de vez en cuando, el actor lamía (aquella que corría por su boca). También en todo el cuerpo estaba lleno de esta sustancia, manchando un pañal medio caído entre las piernas. A ella le llamó la atención que se balanceara como si estuviera arrullándose a sí mismo.

—Mira a los soldados romanos —le dijo Fernando.

Todos coincidían en una posición: medio agachados. Uno con la frente pegada al tronco de un árbol como si éste lo sostuviera. Otro de plano sentado en la tierra con las rodillas abiertas y el rostro cabizbajo. Más allá uno abrazaba a otro romano con las caras casi juntas, como si cuchichearan algo. Cada uno vestido con una faldita escocesa que les llegaba arriba de las rodillas. Una camiseta roja bajo un forro de papel plateado de cajetilla de cigarros. Unos calcetines supuestamente blancos y sus tenis de variados colores luciendo su estreno (se los habían comprado a todos para el evento). Sobre las cabezas se elevaban los picos de negros sombreros de cartón, y hasta arriba, una pluma de guajolote ondeaba con el viento. El que estaba sentado en el suelo, de pronto se levantó pero las piernas no pudieron con su peso y se dio un sentón bárbaro. Inmediatamente volvió a abrir las rodillas y bajó la cabeza.

—Parecen enfermos —dijo Alicia.

—¿Es que no te has dado cuenta que huele espantosamente a pulque? —le preguntó Fernando con una sonrisa bondadosa en la boca.

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, es cierto. Pero... ¿todos?

—Al parecer en la mañana “tomaron” valor para la representación.

Uno de los romanos, haciendo “eses” se puso una corneta en los labios y dio dos o tres notas diabólicamente desentonadas.

La muchedumbre se juntó. Llegaban y llegaban cada vez más. Todo el pueblo. Hombres de pantalón de dril y playera floreada, o de calzón blanco, o algunos de short y huaraches. Mujeres con el rebozo puesto sobre las cabezas y muchachas con vestidos de colores, sin mangas, y algunas con vestido sin tirantes. Apenas si murmuraban, atentos a la Pasión de Cristo.

No fueron tres, sino trescientas caídas. Verdaderamente asombraba el respeto irrestricto del público. Nadie sonreía. Los ojos secos ante el martirio del nazareno. La que interpretaba a la Virgen María y a las otras dos Marías evangélicas, iban con vestidos negros, largos, y rebozos tapándoles los cabellos lacios... esos rostros sí estaban empapados en lágrimas de verdad.

—Entriégate, Jesús, entriégate. Semos los jodíos.

Alicia miró a su alrededor: la gente igual de seria no se le movía un músculo del rostro.

—Pos alcáncenme —respondió Jesucristo aventando la cruz. A los tres pasos lo taclearon como cinco romanos.

¿Y qué? Podían haber hecho cualquier cosa. Lo cierto es que era una tragedia y así lo sentía el pueblo. Una verdadera tragedia porque

Alguien más moría entre nosotros. Alguien cargaba sobre su espalda sangrienta nuestra propia pasión que se inicia a partir de nacer en este mundo. Jesús aceptaba el dolor y el escarnio al igual que el hombre su miseria, el hambre, las humillaciones, la explotación, su sometimiento al tirano desde hacía siglos, desde siempre, porque siempre existirá el poder sobre el débil.

Nadie osó reírse de los empulcados actores porque si se reían de aquello que estaban representando, si perdían su respeto, serían despojados de lo único que aún tenían: la fe, y se quedarían solos, desnudos ante su vida sin futuro, ante su presente de prisioneros. Por eso no se reía nadie.

Alicia sintió una ternura dolorosa por su gente, por su país de siempre tan torturado, de siempre tan noble.

—Vámonos —dijo a Fernando y empezó a caminar para salirse del gentío.

Él la siguió sin palabras.

Al llegar a la ciudad de provincia se encontraron con música en el zócalo, muchachas paseando por las calles en traje de baño. Hombres barrigones y sudorosos bajándose de lujosos automóviles. Alicia pensó que este rito continuaba sosteniendo una verdad: cada año (cada día, cada minuto) se crucifica a algún ser humano para que un grupo pequeño en el mundo tenga más espacio, pueda divertirse mejor ¡y vivir en paz!

Y entonces entendió la importancia del pulque, que en el espíritu sufriente revuelve el tiempo y hace pensar que esa *pasión* sucedió miles de años antes.

Traigo un avío cargado de...

—¡Albóndigas! —gritó Memo nervioso al recibir en las manos la pelota de trapo.

Todos sabían su significado, pero no el que conocía Lucía.

—Albóndiga es un aborigen que un día se resbaló y cayó en las aguas del Lerma. Como era redondo y colorado, estuvo flotando en el río varias horas. Un campesino se acercó y lo alcanzó a divisar.

—¿Qué estás diciendo, Lucía? —preguntaron los niños.

—¿Qué es un aborigen? —inquirió Berta viendo a los otros que alzaron los hombros y pararon los labios.

Lucía no respondió y siguió su relato:

—¡Alguien se ahoga! —gritó el rancharo a los transeúntes que pasaban por ahí. Todos corrieron hacia la orilla del río.

La albóndiga se había puesto de espaldas, cara al sol, para no cansarse de nadar y esperar con calma a que la salvaran.

Por fin, una viejita viejita de falda floreada que le llegaba hasta los pies, con un pañuelo amarillo que le cubría todo el pelo y en la mano izquierda tenía un as de copas de la baraja española, se acercó más a la albóndiga y le gritó:

—Anda, chamaco, basta de juegos, levántate y nada.

Pero aunque empujara el cuchillo con todas sus fuerzas, la malvada albóndiga no se partía. Eso sí, brincaba salpicando a Lucía, al mantel, a todo lo que estaba cerca.

—Es que tu Mamanita —le dijo el abuelo en la mesa, a contra esquina de su nieta— es muy buena repostera, pero como experta en guisos me temo que reprobaba en cualquier escuela culinaria. Su especialidad son las albóndigas, aunque (y puso una cara bien seria) aun sin probarlas, pueden llegar a ser mortales... digo, si tienes la desgracia de que alguna te caiga en un pie y te lo rompa de inmediato.

Lucía rió de buena gana.

—Ay, qué chistoso con tus chistecitos —le rezongó Mamanita a Papábuelito.

La Tialí sólo sonreía y movía la cabeza negativamente.

Las comidas siempre eran divertidas. El abuelo ponía el toque humorístico para que la risa abarcara desde la sopa hasta el postre. Ese día fue especial para Lucía, que acababa de cumplir diez años.

Desde el comedor, por una de las tres ventanas-vitrales (tres coloridas garzas), entraba el aire puro del jardín, bajo el barandal del corredor con macetas y jaulas de pájaros.

En medio de ese jardín medio salvaje, se alzaba un solo árbol de grandes flores blancas que llenaban todo de un olor muy fuerte porque eran magnolias.

—A ver, encantito, dame tu plato que yo te parto tu albóndiga —dijo la dulce Tialí estirando la mano.

—¡Eso es perder el tiempo! Un intento más para vencer lo imposible —dijo Papábuelito.

—Ya cállate, viejo. Y come —lo regañó sonriendo su esposa.

—No puedo —respondió él. —Sólo tengo dientes y muelas. Para esto necesitaría colmillos de jabalí.

Ahora sí todos se rieron.

—¿Pero aborígen? ¿Qué es aborígen, Lucía?

De inmediato ella miró en la pantalla de su mente a una cantaora sevillana, con vestido negro con motas verdes, holanes, con mantilla negra subida en una peineta de carey, ojos grandes, negrísimos y sobresaliendo de su blanquísima piel, el rojo sangre de sus labios.

—Eres una mentirosa —dijo Jaimito. Ésa no es una aborígen. Y la albóndiga se come no se echa a ningún río a nadar.

—Yo nunca he podido comer una albóndiga —dijo Lucía.

—Bueno, sigamos el juego —intervino Beto. —Ahora será con la letra X.

Todos protestaron.

—Ésa es muy difícil. No hay palabras.

Y era cierto: la X no tenía palabras conocidas. En realidad, Lucía sabía que se trataba de una parte de la antigua carretera a Tansíjuaro. La letra estaba bien trazada y uno siempre dudaba qué camino debería tomar. Generalmente Lucía, los abuelos y la Tialí, iban en

autobús y el chofer se sabía de memoria el trayecto, por eso ella tenía absoluta confianza en que se tomaría el camino correcto.

Llegaban a casa del hijo de una hermana de Papábuelito: el tío Beltrán (era su nombre, no su apellido). Estaba casado con la tía Pina y tenían cuatro hijos. El mayor le gustaba mucho a Lucía y Lucía también le gustaba mucho a su primo mayor. Era Semana Santa. Así es que tenían que hablar quedito, no poner el radio ni la televisión, no tomar la guitarra ni cantar, tampoco reírse fuerte.

El tío Beltrán había estudiado para sacerdote pero se salió del seminario porque no aguantó la rigidez de la disciplina. Luego se casó con Pina. Con su familia nosotros asistíamos a todas las ceremonias luctuosas de la Semana Mayor, desde el Lunes Santo hasta el entonces Sábado de Gloria. Beltrán nos llevaba siempre a dos iglesias: catedral y Santiago, porque en ellas era el organista oficial. Además de ser un artista, se había recibido de ingeniero civil.

Lucía fantaseaba sentada en medio de sus abuelos en las bancas de caoba de los templos, pero pronto se aburría. Para ella esas vacaciones significaban la larga espera de una semana para gozar el Sábado de Gloria. Ese día sentía como cálida caricia la mano de su primo que en todos los paseos no la soltaba para nada.

Pero un día su tío Beltrán la subió al coro donde estaban los hermosísimos órganos de cada una de las dos iglesias. La sentó junto a él y empezó a tocar. La niña abrió los ojos como platos. Es cierto que no era la primera vez que escuchaba el órgano, pero oírlo de tan cerca, fuera y dentro de ella misma... Los sonidos la inundaron, la elevaron y tuvo la hermosa sensación de estar en estado de gracia. Era como rezar sin palabras. Su alma levitaba. A

partir de entonces, ya no esperaba una semana para divertirse el Sábado de Gloria; aguardaba todo el año anhelando volver a subir al coro a oír al tío Beltrán interpretar celestialmente a Bach, a Scarlatti, a todos los grandes autores barrocos y clásicos. De ahí nació su afición a la música.

Se hospedaban en casa del tío. Lucía dormía en la misma cama que su Tialí. Los abuelos, en otra habitación. Era una casa muy grande, de un piso y de muchos pasillos y recámaras, pero no había ni una sola planta, ni una sola flor... Lucía empezó a enterarse de cosas nuevas y estrambóticas que sucedían ahí —*estrambóticas* le parecía una palabra maravillosa por lo que siempre la pronunciaban sus labios sin sonido—. Un día, la niña se levantó al baño. Serían las siete de la mañana. Al entrar se quedó paralizada porque vio, frente al espejo del lavabo, a una señora muy alta, vestida con un traje azul marino y una mascadita roja amarrada al cuello. Tenía el pelo castaño y largo y en ese momento se pintaba los ojos. Al entrar, la señora y Lucía quedaron inmovilizadas por la sorpresa, pero luego la señora sonrió y salió con sus zapatos de tacón hacia el pasillo. A Lucía se le habían quitado las ganas de hacer pipí y corrió destapada hacia la habitación donde dormía. Pero a unos cuantos metros se topó con su tía Pina que la detuvo y la quiso tranquilizar.

—Es que en el baño hay una señora... Ha de ser un fantasma que viene a esta casa donde murió hace mil años.

Pina rió.

—No, no es ningún fantasma. Tú la conoces.

—Yo no, te lo prometo, tía. ¡Te lo juro!

—Claro que sí. Es tu propio tío Beltrán que le gusta disfrazarse.

Lucía abrió la boca y no dijo más.

Sí, muy extraño, pero cuando tocaba él en el órgano lo insólito se volvía excelso y eso fue suficiente para que a Lucía le diera pereza tratar de entenderlo. Después de todo cada quien inventaba su juego y se divertía como podía.

Al medio día llegó su papá del último viaje que había hecho sólo para estar con ella en su cumpleaños. Él era propagandista médico y viajaba seis meses al año para estar con su hija una única semana. Esta vez trajo un gran pastel para celebrar el décimo año de vida de Lucía. Ella lo adoraba. Sus compañeritos de la escuela, algunos vecinos y sus primos gozaron de lo lindo con esa fiesta. Jugaron a todos los juegos habidos y por haber. Su casa, tan amplia, tan llena de vericuetos, era perfecta para el juego de las escondidillas. El corredor del piso de abajo como el de arriba, servían muy bien para correr y salvarse de que nadie les pegara “la roña”. Lucía estaba encantada.

A las nueve de la noche todos los invitados se habían ido. Su papá la fue a acostar en su camita de latón, dentro de la enorme habitación de los abuelos.

—¿A dónde me llevarás mañana, papá?

Él se quedó callado unos segundos.

—Mañana tengo que volver a salir de viaje, chamaquita. Hoy me descolgué sólo para estar contigo en este día.

Lucía sintió que el mundo se le caía encima.

—Y... entonces... después... ¿hasta dentro de seis meses?

—Me temo que sí. Pero seguiremos escribiéndonos cada semana, ¿no?

La niña no contestó. Se le salían las lágrimas.

Su padre la abrazó y la besó repetidas veces en las mejillas y en la frente.

—No te apures. Los días pasan volando y la próxima vez estaré junto a ti no ocho, sino ¡quince días!, todas mis vacaciones.

Entre las lágrimas, Lucía sonrió.

—¿De veras?

—Te doy mi palabra de honor —respondió él, poniéndose la mano en el pecho—. Y ahora, además de los regalos que te traje, hay uno que no te he dado. Pero ése no puedo entregártelo hasta que te duermas.

Entonces sí sonrió la niña de oreja a oreja.

—¿A poco es dentro del sueño donde me lo vas a dar?

—Pss... Sí..., pudiera ser de esa manera... Tú duérmete feliz recordando este día.

Y salió después de dejarla bien arropada.

Ella dormía sin sueños cuando sintió unas manos que la desprendían de su camita. Abrió los ojos y vio a su padre, en bata, que la cargaba con todo y una manta para que no se enfriara. Lucía le preguntó con la mirada.

—Shshshsh —indicó él pidiéndole silencio.

Así salieron al corredor. Ya no estaba del todo oscuro, había una débil lucecita que les decía que la noche se acababa de marchar.

Y así cargada, Lucía vio el cielo que resplandecía. Una clara y dorada luz brotaba del horizonte.

—Eso que ves en el cielo, hijita, se llama Aurora. Aurora es la diosa romana del amanecer, hermana del Sol y la Luna. ¿Ves cómo vuela por los cielos para anunciar la llegada de la alborada? Fíjate

que con las lágrimas que derrama por la muerte de uno de sus hijos, crea el rocío matutino que baña a las flores.

Lucía, aún en brazos de su padre, no podía decir nada. Veía asombrada el milagro del nacimiento del día. Por fin pudo hablar:

—¡De verdad este regalo de zafiros y piedras preciosas es el más lujoso que he recibido, papá! —Y se abrazó a su cuello sintiendo cuánto lo quería.

Bien. He llegado a los ochenta años de vida. Hay un regusto interior que me hace sonreír. Nunca creí que pudiera alcanzar esta edad. Y advierto que me ha gustado vivir, y que también muchas veces he deseado morir. La vida y la muerte son el mismo cuento de nunca acabar. Al menos al final de tu vida hay como la aceptación de tu poca importancia, y eso es un alivio. Estar cuidando al ego, tan susceptible, tan odiosamente vanidoso, es un esfuerzo y un trabajo oscuro e inútil de tus años aún jóvenes. ¡Guácala de perrito! Me acuerdo cuando el YO YO y YO era lo más trascendental del mundo. Cuando la vida me los fue matando poco a poco, sufrí, es cierto, pero ¡Dios!, al mismo tiempo cuánta libertad iba adquiriendo.

—Pues yo sólo sé que las albóndigas no deben comerse, porque se ahogan.

—Mejor vete, Lucía. No sabes jugar.

—O tal vez que se quede. A mí me gustan las locuras que inventa.

—Yo no digo ninguna locura. Pero si así lo toman —y se levantó muy orgullosa—, me voy a la cocina a comerme a mordidas una albóndiga de las que sobraron hoy al medio día. Adiós.

El inicio

La tinta ensució una esquina del papel. Había tanta premura que no quiso repetir lo escrito en otra hoja y se limitó a secar la mancha para continuar sus notas en aquella libreta de lustrosas pastas de piel:

En México: Los indios y mulatos, capataces, arrieros, trabajadores de las minas, rancheros y hasta provenientes del bajo clero han ido robusteciendo sus ideas revolucionarias contra la Corona, guiados por hombres de buen pensar locales, menores. Hemos tenido la satisfacción de ver surgir en esta Intendencia de México algunos potenciales guerrilleros, como los campesinos Miguel Sánchez y Julián y Chito Villagrán; así como a Tomás y Mariano Ortiz, Pedro José Bermejo y José Manuel Izquierdo, aquí mismo en Sultepec; ellos y su gente sólo esperan la debida oportunidad para coger las armas.

(Debemos encontrar mejor escondite para ocultar éste y los libros contables. Como medida precautoria hay que efectuar este movimiento con frecuencia.)

En España: El primer ministro Manuel Godoy, eterno intrigante, se aprovechó de la influencia que ejerce sobre la reina María Luisa para ascender como la espuma hasta las cumbres sociales y políticas; lo cual ha sido bien recibido por las clases privilegiadas, ya que saben de la dureza de su mano para impedir cualquier intención revolucionaria. Y aunque en 1798 Godoy fue destituido por Saavedra y luego por Urquijo, en 1800, Godoy ha vuelto a tomar el poder. Los españoles saben que, de antemano, tienen perdida esta guerra... (4:47 horas).

Y cerró violentamente la libreta para introducirla debajo de una losa, en el suelo, poniéndola sobre otras dos libretas más pequeñas. La losa, después, fue a su vez colocada con cuidado, sin sospecha de hendiduras.

La Tialí tenía el libro abierto. A su lado, Lucía, en pijama y metida bajo las mantas, acurrucó su cabecita en el hombro de su tía para escuchar mejor.

—Esa palabrita de *masonería* no sé por qué me suena —dijo Lucía—. Pero la verdad es que no sé qué es.

—Mira, aquí lo dice —y la tía volvió a leer:

La Masonería es una Institución SECRETA, fundada a base de principios sobre la LEY NATURAL, además lleva impresa una característica

de antigüedad tan remota, e irradia sus enseñanzas de Filosofía Moral tan puras, que le aseguran a su Plan Progresista una gran supremacía educativa a la colectividad social, y con ese solo hecho le queda asegurado el RESPETO y la VENERACION de todos los Pueblos Libres que existen sobre la Tierra.

La Masonería fue elemento básico durante el movimiento independentista, y más tarde en su consumación y en el movimiento revolucionario.

—Sí, sí, todo eso es tan cercano para mí, tía. Pero, órale, sígueme leyendo.

Tialí continuó la lectura:

Pues Valente y Ana también tenían conciencia de la lucha infructuosa de su pueblo cuando fueron a entregar el dinero para cerrar el trato. Sin embargo, los sorprendieron. No bien el matrimonio dejó sobre la soberbia mesa de la mejor hechura barroca del conde de Aranda y Olivares los dos sacos de oro, precio exigido para que obtuvieran la encomienda en la Nueva España, a una palmada del noble (que desapareció en seguida) salió su guardia, espada en mano, y a traición atacaron a Valente, quien en un pestañeo sacó su daga y tuvo el tiempo escaso para matar a uno y herir a otro. Ana no se daba bien cuenta de lo sucedido, cuando entró un tercer esbirro quien, cobardemente, hundió a Valente una estacada por la espalda. Ella corrió en defensa de su marido, y el asesino la hubiera matado si no es porque Valente, en un postrer esfuerzo, volviéndose como un rayo, de un revés cruzó su acero cercenándole la garganta al sicario. De inmediato, con su último respiro, entregó a su mujer la daga ensangrentada. “¡Corre!”

alcanzó a decirle, y el instinto de Ana la hizo obedecerlo no antes de recoger sus dos sacos de oro. En el instante de salir, un criado moro, tras los gritos, se interpuso y ella, sin pensarlo, le hundió la daga en el pecho para correr y tomar la calle. Volvió a aparecer el conde que gritaba: “¡Apresadla! ¡Apresadla!”.

La guardia la persiguió durante días; pero no en balde ella, de extracción humilde, contaba en Sevilla con la amistad y la lealtad de amigos radicalmente inconformes con la Corona que pudieron, por lo pronto, ocultarla inteligentemente junto con su pequeña hija Martina.

Dos semanas después llegaban a un puerto donde a escondidas subieron al barco. Y entre tablones crujiendo al paso continuo de cerdos y de ratas, con sólo una pobre lámpara de aceite por toda iluminación, Martina —sentada ella sobre una caja— mentalmente traspasaba los toneles de aceite, de vino, de otros insumos, de herramientas de labranza, así como de pacas de finos textiles en aquella inmunda bodega, para echar a volar sus miradas que abarcaban la mar hacia occidente. Martina era una niña singular. Desde antes de su nacimiento, Ana, su madre, presentía ya que iba a tener una hija morena de grandes ojos azules, como los de su padre, y que su nombre estaba ya decretado por las ignotas fuerzas del universo.

De pronto el sonido del cerrojo de la escotilla de cubierta de aquel desvencijado bergantín, al abrirse, hizo aparecer la silueta de Ana que eclipsó por instantes la cinta plateada de aquella luna entera de abril. Luego, la puertita volvió a cerrarse de un golpe. Empezaba el año de 1802. En el barco, Martina acababa de cumplir los diez años de edad.

—Como yo, Tialí —interrumpió Lucía.

—Así es, querida, y tan bonita y lista la tal Martina como tú —y la dulce Tialí abrazó con cariño a su sobrina—. Bueno, ¿quieres que siga leyendo o ya te cansaste?

—No, no me he cansado, pero mejor cuéntamelo en vez de leerlo. A ver, ¿por qué mataron al papá de Martina y ella y su mamá apartaron boletos en esa bodega tan fea?

—Ah, pues porque era la única manera de huir a la Nueva España...

—A México, ¿verdad? ¿Y por qué querían huir?

—Pues, a pesar de que ellas eran españolas, también querían la independencia de su patria, sometida a los franceses. A Martina y a su mamá las ayudaba un amigo de Valente que se llamaba Álvaro. Y junto con él desembarcaron en un punto cerca de Xalapa.

—Xalapa con X, ¡qué tonta!, ¡lo hubiera dicho!

—¿Qué?

—Nada, nada. Sígueme. Explícame qué misterio se traían estos cuates.

—Mejor te leo un pedacito que esa persona que todavía no sabes quién es, escribía en su libreta de notas. Y mira, dice así:

Al pueblo de México se le ha arrebatado su cultura con tan grande prisa y violencia, que aún no asume el hecho, por lo que tampoco termina por aceptar la del invasor. Este pueblo significa el estrato más bajo de la sociedad. A partir de los últimos años del siglo XVIII recién pasado, muchos que no tienen trabajo mueren de hambre diariamente. Carecen de la posibilidad de ser propietarios de tierras, las cuales, desde el principio de la Colonia, pasaron a manos de los conquistadores, de sus descendientes y de los ricos comerciantes. Por otro lado,

bajo la explotación por los grupos superiores, la propagación de epidemias y el crecimiento de tensiones sociales, representa ya una tremenda bomba de tiempo.

—Que explotó, ¿verdad?, y fue la Guerra de Independencia.

La tía sonrió orgullosa.

—Qué bien lo sabes, pequeña. Te felicito.

—Pues es que ya voy en cuarto año, tía. Ya dejé de ser una chiquita, ¿ves? Bueno, ¿y las españolas, qué?

—Pues que en su patria estaban tan mal como aquí. Ana pensó amargamente que a veces la vida es sin razón alguna desalmada, y puede convertir en un santiamén a una buena persona en asesina.

—Se arrepentía de haber matado al portero ése, ¿verdad?

—Sí. Ella era una buena mujer, sólo que las circunstancias... Su anhelado viaje al Nuevo Mundo hoy le resultaba tan lleno de dolor, tan adverso y peligroso como si fuera un escarnio rencoroso de lo que ella y Valente, su marido, durante años soñaron como el inicio feliz de una vida más humana.

—A ver —dijo Lucía—, léeme otro trocito.

—Bien. Continúo:

Con las botas y los holanes de los vestidos empapados, empezaron las mujeres a caminar por la selva. Álvaro y otros dos que también habían ido en el barco, iban abriendo camino con sus machetes.

(Lucía sintió sus pies mojados, la selva y sus múltiples sonidos rodeándola. Fue tan intensa la sensación, que estuvo a punto de dársele, asustada, a su Tialí. Pero ésta ya seguía leyendo.)

Al medio día llegaron a un claro donde Álvaro dio la orden de descansar.

Martina a cada paso se detenía admirándose de todo. Ella y Ana sentían un hambre desgarradora, pero, conscientes de su situación, trataban de distraerla.

—¿Quiénes chillan tan fuerte, don Álvaro? —preguntó la niña.

—Loros, calandrias, guacamayas, tucanes —fue la respuesta concreta.

—¿Cómo son? ¿Vuelan?

—Basta de preguntas, Martina, sé prudente y no canses al caballero —interrumpió Ana, en tanto hacía sentar a su hija sobre un tronco de árbol.

—Sí, todos esos animales vuelan. —Respondió él. Y volviéndose hacia la mujer, comentó:— No, la niña no me cansa —y continuó:—, y de los que no vuelan hay monos, armadillos, además está el puma, el jabalí, el tigrillo...

—¿Cuándo los puedo ver? —dijo Martina con los ojos refulgentes.

—En la noche. Pero son muy peligrosos. Y ten cuidado donde pisas que también hay nauyaca, cascabel y coralillo, es decir, serpientes harto venenosas.

—Decidme ahora, don Álvaro —inquirió Ana, ¿también sabéis dónde nos refugiaremos mi hija y yo cuando lleguemos a México?

—También lo sé, doña Ana, perdonadme. Vuestro esposo tenía un compatriota y amigo de la infancia con quien deseaba trabajar en la Nueva España.

—¡Claro!, don Irineo Carbajal, asturiano igual que mi marido. Lo que no me explico es cómo vos pudisteis averiguarlo. Valente jamás se lo contó a nadie. Y aunque entonces no lo comprendí, dijo que

hacerlo era muy arriesgado. Las dos bolsas de oro que dimos al conde de Aranda y Olivares eran para garantizarnos un destino en México, pero él nunca supo de lo que Valente había decidido en relación al lugar y al oficio.

—¡Afortunadamente! —dijo Álvaro levantando la mirada: sonreía con tanta dulzura, que Ana no tuvo más remedio que sonreír a su vez.

—Y allí iréis. El deseo de Valente se hará realidad, os lo juro. Don Irineo también es parte de... quiero decir que también es amigo nuestro. Os va a gustar mucho Sultepec donde vive y donde él dirige los trabajos de una mina, ya veréis...

—¡Sultepec!... Me acuerdo de sus calles empinadas... —susurró Lucía.

La tía dejó de leer, asombrada.

—Pero si nunca hemos estado ahí, pequeña. ¿Cómo sabes lo de sus calles?

—¿Entonces jamás hemos ido? —inquirió la niña.

—Jamás —respondió la tía.

Ambas se quedaron en silencio pensando en ese enigma. La tía sacudió la cabeza y volvió a abrir el libro para continuar la lectura como si ésta no hubiese sido interrumpida:

—Sultepec —repitió Ana como para sí misma—. Los nombres mexicanos son para mí tan extraños, algunos tan difíciles de pronunciar... ¿Y dónde se encuentra Sultepec, don Álvaro?

—Pertenece a la Intendencia de México, una de las más importantes económica y políticamente de la Nueva España por su gran

extensión territorial, por sus numerosos recursos naturales y porque en ella se sitúa la Ciudad de México, capital del virreinato.

Por primera vez después de la muerte de su esposo, en el alma, Ana sintió una cálida certidumbre.

—Pues yo siempre sospeché que él y nuestros amigos guardaban un secreto cuya clave es esa pequeña águila. Y aunque Valente no la tenía grabada, sé que, como vos, como todos, menos yo, que formáis algo así como...

—Una sociedad, doña Ana, una sociedad fraterna que ya va siendo hora de que sepáis de qué se trata, porque vos, simplemente por los hechos, ya también pertenecéis a la misma. ¡Somos, pues, aquí y en todas partes quienes luchan por sus derechos humanos, por la libertad! ¡Somos “LOS GUADALUPES”!

La mujer miró a Álvaro muy adentro de los ojos verdes del hombre. Y presintió que en ese momento su existencia alcanzaría un nuevo sentido.

—Yo también lo presiento —dijo en un susurro Lucía. Y sin dejar objetar nada a su tía, continuó— ¡Qué bonita narración!

—Es historia, mi amor. Yo sé que en el colegio te la van a enseñar.

—Pero la historia metida en la historia de este libro me parece mucho más entretenida que la que leemos en el salón. ¿Y en qué termina Tialí?, cuéntame.

—Pues que llegan a Sultepec donde hay una imprenta. ¿Te acuerdas cómo empieza el relato?

—Sí es cierto, con alguien escribiendo en su libreta de apuntes y guardándola bajo una losa de piedra. ¿Quién era?

—Era nada menos que el amigo de Valente: Irineo, quien escribía todos los acontecimientos del momento. Él tenía un ayudante indio llamado José Xocoyótl. Era alto, esbelto, y de rostro muy agraciado.

—¿Y por qué siendo tan guapo tenía ese nombre tan raro?
—añadió Lucía.

—Porque era su nombre matlatzinca. Cuando Ana y Martina se hospedan en la casa de Irineo, éste ya tiene dispuesto todo secretamente: Ana (que se cambiará de nombre como los demás), aparecerá como hermana de Codi, la mujer de Irineo. Y, consecuentemente, Martina será su sobrina. Ana ayudará a abrir la imprenta junto con Xocoyótl, e Irineo continuará trabajando en la mina, mientras que Martina irá a la escuela.

—Pero ¿es que aquí hay escuela? —preguntó Lucía.

La tía volvió a abrir el libro y apuntando con su dedo unos renglones, dijo:

—Sí, aquí es. Te leo otro cachito:

Fue Irineo quien se apresuró a dar la respuesta:

—Desde hace unos años se ha impulsado, tanto por la voluntad de la Corona española —proyectada por las Reformas Borbónicas— como por las condiciones locales, la necesidad de la escuela primaria, y el Ayuntamiento se muestra interesado por la “fundación de escuelas gratuitas de primeras letras que serían sostenidas por el municipio, ubicadas en las partes pobres de la población”. En estos primeros años del XIX, pueden elegirse las escuelas gratuitas, particulares, conventuales, a cargo de los franciscanos, dominicos, agustinos y mercedarios; estas últimas, no obstante, han quedado opacadas por

completo por las escuelas de enseñanza gratuita. Sin embargo, no nos conviene meter a Martina en una de ellas, cercanas a la oficialidad de la Nueva España y, por consecuencia lógica, a la de la Corona.

La tía cerró otra vez el libro.

—¿Contesté tu pregunta, querida?

—¿Mi pregunta?... Bueno, sí, bien claramente.

—Qué bueno. Y así se fue arreglando todo. Los franciscanos aceptaron a Martina como discípula. La escuelita que habían formado se hallaba anexa al Convento de San Francisco, fundado desde el año de 1607. Por su parte, Martina se puso contentísima. Ana también, aunque le pesaba un poco que en esta escuela sólo fueran admitidas alumnas internas, pero entre sus amigos fue convencida que no era mucho alejarse de su hija, a quien iba a ver y tener a su lado todos los fines de semana. Además, la escuela se encontraba tan cerca de la casa...

Y así, las españolas empiezan a vivir una vida llena trabajo, de compromisos e ilusiones.

—¿Por qué de ilusiones, tía?

—Porque no hay mejor estímulo para vivir que entregarnos a un ideal.

Lucía se quedó pensando.

—Lo entiendo. Es cierto. Cuando crezca seré maestra para inculcarle esto a mis alumnos.

—¡Y que lo digas!... —exclamó casi asustada la tía.

—¿Por qué?

—Pues porque Martina también lo entendió así, y cuando creció se convirtió en una maestra excepcional que no sólo enseñaba

los programas de la escuela, sino que convertía a los muchachos ignorantes en jóvenes responsables de sí mismos y en ciudadanos de primera. Martina hizo mucho bien en México, antes, durante y después de nuestra Independencia.

—Es que Martina soy yo. ¿Todavía no lo has adivinado?

—¿?

—¿Y tú tienes alguna ilusión así, Tialí? —añadió la niña.

Nerviosa, su tía contestó con rapidez.

—Pues, sí. Ya ves que trabajo en una oficina como jefa de departamento, pero no es eso sólo: cuando salgo de ahí hago trabajo social. Me voy a colonias pobres y ayudo a la gente en lo que puedo.

—No lo sabía...

—Nadie tiene por qué saberlo.

—Y no te has casado...

—Ésa fue mi suerte, chiquita. Además, yo no podría separarme de mis viejitos... ¡y de mi muchachita linda que Dios me mandó! —dijo dándole un beso a Lucía.

—¿Y Ana? ¿Qué pasó con Ana?... Ah, ¡ya me acuerdo! Ana, con el tiempo, se casó con José Xocoyótl y, así, se unieron a la mezcla de razas donde nació la mexicana; ni india, ni española: ¡mexicana como yo!, ¿verdad, tía?

La Tialí entrecerró los ojos como quien descubre un secreto.

—Ah, ya comprendo. Tú has leído antes este libro, ¿no es cierto?

—¿Yo? Pero si apenas hoy lo acabas de traer de tu oficina, tía, y luego luego lo guardaste en tu ropero. Ya sabes que yo nunca digo... (un bostezo largo)... mentiras...

Tialí se quedó pasmada, pero ya Lucía había cerrado los ojos y empezaba a dormir. Entonces se bajó despacio de la cama, sin hacer

ruido y salió de la habitación de su sobrina pensando en que ésta era, en verdad, una niña muy especial.

Y eso que nunca se enteró que en la cajita descompuesta de música que guardaba Lucía, sólo como un recuerdo, había un objeto muy muy extraordinario: una M de madera con punta de metal, perteneciente a la tipografía del siglo XVIII.

Lucía

Lucía, como siempre que terminaba su tarea, se acostó en su camita de latón y se quedó viendo la gran ventana abierta donde su árbol (de la casa vecina) se asomaba por el muro de la azotehuela.

—Yo sí sé jugar a cualquier cosa —se murmuró a sí misma.

Luego se quedó callada y entre las ramas de aquel árbol empezó a escuchar la voz de una mujer:

Desde hacía unos meses la idea me caminaba por la cabeza...

—¡Por ahí va la historia! —se dijo en un susurro—. La voz es bonita, ojalá siga...

...haciéndome sentir excitada y dejando, al pasar, un malhumor nostálgico.

—¡Me encanta!... Ella es... una mujer joven, huérfana, que vive sola en un departamentito muy bien arreglado y limpio... Seguro trabaja como secretaria en la oficina de un notario...

Y se quedó callada, la vista siempre fija en las ramas verdes, sedosas del árbol.

A veces me asaltaba en el mismo despacho del licenciado Méndez en donde he trabajado por largos años...

—Voy bien... Adelante.

...o bien al caer la noche cuando, caminando por las mismas calles recorridas cuatro veces por día que me llevaban y traían de la oficina a la casa, sentía que el tiempo era sacado de una bola gris de plastilina. Pero las más de las ocasiones, me hizo temblar de emoción en el momento en que, ya acostada, recordaba, más claramente que nunca, la casa en que había nacido...

—Es natural. La primera casa en donde nacemos no se nos olvida nunca. Bueno, a mí no se me olvida porque sigo viviendo en ella...

...Volver a verla, a través de veinte años de distancia, se convirtió en mí en una verdadera obsesión. No comprendía bien el porqué de mi alteración que siempre terminaba presa en una fatiga lacerante, hasta que un día descubrí que desaparecían los acontecimientos recién ocurridos, incluso en el mismo día, y dejaban entonces mi mente virgen de emociones y recuerdos...

—Pero ¿cuál era su obsesión? ¿su casa?...

...Sólo tenía vida propia la imagen de la vieja casa, y fue entonces cuando intencionalmente empecé a buscar su refugio.

—¡Acerté!... Quiere decir que la historia va bien. Bueno, yo diría que ¡muy bien!

Hacía viento. Las puertas de la ventana de Lucía se movían un poco y pensó que, si sus ojos se fijaban en ellas en lugar de posarse en el árbol, la ventana la hipnotizaría y la obligaría a hacer diablura y media. Violentamente volvió sus ojos hacia su paisaje favorito.

Era una lámpara de siete prismas. Yo miré entonces, sentada debajo de un esquinero, el candil enorme como el mundo y ésta fue la primera imagen que tuvo mi mente. La sala, con tres grandes tapices persas de un verde desgastado, era invadida desde el inicio del día por tonalidades blancas que contrastaban con la oscuridad del vetusto piano de cola.

Hacía treinta años que en esa sala, acondicionada para la joven parturienta, había nacido yo y muerto mi madre. Y la soledad me llevaba a recorrer el jardín descuidado, lleno de mastuerzos y geranios, centro del corredor cuadrado que daba acceso a todas las habitaciones de la planta baja.

—Debe haber sido como mi casa, pero más grande, más lujosa, más majestuosa, más bonita; en fin, diferente —susurró Lucía enchuecando los labios.

El enorme comedor de muebles magníficos se presentaba ante mis ojos con claridad sorprendente y la escalera de granito me inducía a subir, al convertir cada peldaño en un presagio de felicidad, que ya desde abajo prometía el corredor de la planta alta, lleno de macetas y de pájaros.

Cada pieza, cada mosaico, cada piedra residían y podía extraerlos, siempre que quisiera, de mi propio cuerpo, como si al darles nueva vida me reconstruyera yo misma.

—¡Qué interesante! —Lucía se comentó a sí misma—. Pero yo, en los zapatos de esta mujer, ¡ya habría vuelto mil veces a ver mi casa!

Como si hubiera escuchado a Lucía, la joven invisible continuó:

Con el aturdimiento de ideas que tengo, seguramente no me daré cuenta de cómo llegaré a encontrarme, un domingo, enfrente de la puerta de madera tallada de mi antigua casa... Muchas veces he sentido verdadera necesidad de pasar siquiera por la calle y extrañamente algo me ha retenido, como si quisiera prolongar la dulce mortificación que me causa la anhelada pero ya inevitable visita... Hasta el momento en que tome la “manita” de metal, negra y lustrosa por el roce de infinidad de manos que la han acariciado a través del tiempo, sabré que nunca me pregunté quiénes y cómo serán aquellos que ahora la habitan, como si no hubiesen pasado más que unas cuantas horas de ausencia y la siguiéramos ocupando nosotros, sus dueños... Sentiré opresión en la garganta y una tensión en las mandíbulas casi insoportables cuando me decida a tocar de nuevo. No me permitiré ni siquiera la sospecha de que no haya nadie. Esperaré en la calle, con la mirada baja, adentro ya de otra dimensión paralela... Entonces, cuando abra la puerta una distinguida señora, yo seré tan vieja como una recién nacida.

—¡Eso! —se le salió en voz alta a Lucía dando un aplauso—
¡Desde cuándo lo debía haber hecho!

Y se quedó callada. Y la voz misteriosa se quedó callada. Y el árbol se quedó callado.

Lucía esperó.

Y esperó.

Por fin, dijo en voz alta:

—¡A poco ahí se acaba la historia! Eso no se vale, si apenas empieza... empieza... Y es que la mujer ya no se acuerda que su historia se inició cuando la distinguida señora le abrió la puerta de su antigua casa un domingo por la mañana.

Y, feliz, continuó la niña:

—Y se miraron unos segundos sin hablar, reconociéndose. Después, con una voz ajena, ella, la protagonista, se oirá pronunciar su nombre y exponer concretamente el objeto de su llegada. En ese lapso tendrá la oportunidad de fijarse en la claridad de sus ojos casi transparentes y la imagen de su abuela temblará, por un momento, en sus pupilas. “Comprendo muy bien su interés por volver a esta casa”, dirá la señora con un acento distante; “alguna vez sentí yo misma esa curiosidad, pero jamás regresé a la ciudad de provincia en donde nació. Desgraciadamente ahora no puedo atenderla, mi hija está enferma y no quiero separarme de ella. Le suplico que regrese otro día y me dará mucho gusto platicar con usted con toda tranquilidad”. Las últimas sílabas repercuten en los oídos de la joven mujer por un implacable eco y siente que el pecho se le abre en dos con el dolor de un golpe de hacha.

Lucía sonrió y le preguntó a *su* árbol:

—¿Te gusta? Acuérdate para escribirlo luego —y continuó como si alguien le fuera dictando:

”Despierta (es evidente que ese dolor mortal la obligó a desmayarse). Despierta en la recámara de sus abuelos en donde siempre ha dormido (como yo), con un sabor dulce y lejano en la boca. Reconoce gozosa el papel tapiz de los muros, el sillón forrado de terciopelo azul en donde mi —perdón—, en donde su abuela se sienta a tejer sus sobrecamas de gancho, el cuadro antiquísimo de la Virgen con el Niño, arriba de la gran cama de latón, que le sonrío alegre.

”Se incorpora sin dificultad. Está sola. De pronto recuerda todo. Empieza a invadirle una terrible ansiedad de buscar a la señora y pedir disculpas por su pasajero malestar.

”Sale de la pieza y entra al corredor en donde el sol da de lleno en toda la casa que resplandece. Súbitamente la embriaga una euforia que la hace jadear al mirar de nuevo jaulas y macetas de petunias que tanto ha añorado. Con premura, temblorosa, entra en cada una de las recámaras y percibe con deleite todos los objetos, toca con la punta de los dedos muebles y cortinas y retratos; abarca con su cuerpo olores, colores... En cada cuarto recuerda a su padre, a sus tíos y primos, a todos los habitantes de la casa, hasta poder oír sus movimientos y sentir sus voces...

(Lucía no se ha dado cuenta pero tiene lágrimas en sus pestañas.)

”Baja con premura la escalera. La felicidad va dejando paso a la zozobra.

”Al cruzar el jardín escucha voces en la sala. Voces y sollozos. Se para en seco, con un escalofrío de terror que produce el arraigo de sus piernas al suelo. La separan apenas tres escalones para llegar a la puerta de la sala.

(Lucía solloza. Ve a *su* árbol con angustia. Él inclina sus hojas, consolándola y animándola a seguir. Y continúa hablando y llorando al mismo tiempo:)

”La aparición del dolor en el pecho la hace tambalear y la envuelve con recrudescida fiereza en un afán incontenible de posesión. Ella... ¡No, ella ya no!... *yo soy* la que hago un esfuerzo, me detengo, sujetándome débilmente de la manija de la puerta. Es entonces cuando oigo la voz fuerte, vibrante de tonalidades bajas, de mi abuelo que dice: “Ha muerto. Encárguense de la niña”.

”Y mi abuela me toma en los brazos y me da mi primer beso en la frente. “Te llamarás Lucía”, dice...

Cosas de tan poca importancia

Ustedes me perdonarán si sólo cuento “cosas de poca importancia”, como decía el poeta León Felipe en uno de sus hermosos poemas. Pero es que los viejos caminamos como los cangrejos: para atrás. Conforme el futuro va ganando días, nosotros vamos ganando el tiempo olvidado. Y nos da gusto, porque descubrimos cosas que nos hacen sentir todavía ese antiquísimo sentimiento que es el amor a la vida que hoy empezamos a perder y, justamente por ello, lo apreciamos como jamás lo hicimos antes. Y bueno, hay que confesar que existe una trampa en la memoria: el péndulo del tiempo mueve las cosas y lo que ahora recordamos ya no es lo mismo, resulta diferente a cuando lo vivimos.

Y ya expuesta esta parrafada voy a contarles lo que mi padre me dio. Es cierto que lo vi poco, pues estaba de viaje continuamente,

pero cuando llegaba a mi casa con mis abuelos y la Tialí, el mundo giraba a mil por hora. Salíamos a pasear, me compraba helados, íbamos a Chapultepec, al zoológico, nos marchábamos de un cine para entrar en otro; es decir, se suspendía el tiempo y nos hundíamos alegremente en un mundo arrebatador sólo para nosotros dos.

Ahora recuerdo los increíbles regalos que me dio, entre ellos el hacerme conocer lo que es una aurora, el empuje certero hacia la literatura, hacia la música, y otro presente muy muy particular: la seguridad de que aunque nos cueste creerlo, por encima de nosotros los humanos, la bondad sigue siendo la fuerza más grande del universo.

Resulta que apenas hacía un mes que había partido de nuevo. Ni él sabía que, por cuestiones administrativas, su laboratorio lo mandaba a casa antes de lo establecido.

Esa mañana, Mamanita recibió de la sastrería el último traje que mi papá se había mandado hacer. Era gris claro con rayas blancas delgaditas delgaditas. Mis abuelos dijeron que era una preciosidad, que estaba muy bien cortado, que a él le iba a gustar muchísimo. Yo los oía al parecer sin hacerles caso, ojeando una revista en donde una mamá enseñaba a coser a su hijita. Yo todavía no iba a la escuela porque apenas iba a cumplir los cuatro años. Entonces mi cerebro vibró ante una deslumbrante idea que puse en acción cuando mi mamá se fue al mercado; Papábuelito, en la parte baja de la casa, atendía a sus pacientes en su consultorio; mi Tialí, como siempre, se había ido a trabajar a su oficina; la cocinera guisaba... es decir: ¡que estaba sola para actuar libremente!

Entonces corrí al gran ropero de mi abuela y cargué con cuidado su enorme costurero que coloqué sobre la alfombra de la sala. Luego volví y saqué el traje sin estrenar de mi papá y también lo llevé a la sala. Ahí me senté en posición de flor de loto y saqué una de las dos hermosas tijeras de Mamanita. Yo también iba a arreglarle su ropa a mi papá para que se sintiera orgulloso de su hija.

Muy contenta, empecé a cortar. Por aquí... A ver, el cuello... Las bolsas del saco... y el pantalón para que tuviera ventilación en los días de verano.

De pronto escuché cómo se abría el gran zaguán de madera de la entrada. Pensé que era mi mamá y sonreí al imaginarme su cara llena de feliz sorpresa al ver en todo lo que había transformado el traje de papá. Oí unos pasos, pero seguí cortando. En eso, se abre la puerta de la sala y aparece mi papá con todo y su maleta. Al verme, se paró en seco.

Y no, nunca he olvidado su rostro que se tornó lívido, luego rojo, luego más rojo hasta casi morado, en tanto que con la boca musitaba palabras inaudibles.

Yo, entonces, le sonreí agradecida de ese milagro de tenerlo ahí, cuando aún faltaban cinco meses para su vuelta.

—Te arreglé tu traje nuevo, papacito.

Y todos sus colores los desapareció una inmaculada ternura. Aventó su maletita y su abrigo a un sillón, y, sonriendo como jamás volví a verlo sonreír, se sentó en la alfombra, junto a mí, cogió las otras tijeras y empezó a cortar lo poco que quedaba de su elegante traje gris.

—Yo te ayudo —dijo.

Índice

- 9 Sólo una tarde de juegos
- 19 Hotel Impala
- 33 Ando cansada
- 39 ¡Que se nos acaba la telenovela!
- 61 La Pasión
- 65 Traigo un avío cargado de...
- 75 El inicio
- 89 Lucía
- 95 Cosas de tan poca importancia



Como al

principio el final es cuento

de nunca acabar, de Delfina Careaga, se

terminó de editar en diciembre de 2017. Para su formación se usó la tipografía Borges, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz, Juan Carlos Cué y Lucero Estrada. Formación y portada: Juan Carlos Cué. Cuidado de la edición: Carmen Itzel Ramírez Rosas, con el apoyo de Karla Vargas (en sus prácticas profesionales) y la autora. Editor responsable: Félix Suárez.

